

Star Wars

El Último de los Jedi

3 - Submundo

Jude Watson

CAPÍTULO UNO

Visto a través de una cortina de fría lluvia gris, el arrasado Templo Jedi parecía más una ilusión óptica que una estructura una vez magnificante. Para Ferus Olin, el Templo parecía ser una imagen fantasmal, como una estela de ignición en una videopantalla. Parpadeó. Se sentía como si toda la estructura estuviera disolviéndose ante sus ojos.

Desde el fin de las Guerras Clon, muchas cosas en su vida parecían no ser reales y a la vez ser hiper-reales. Sabía que no era lógico, pero para él tenía sentido. En un momento había llevado una vida tranquila en un mundo agradable, y al siguiente era un combatiente de la resistencia, después un prisionero y después un fugitivo. Y con cada nueva vuelta y nuevo giro se encontraba preguntándose: ¿Cómo ocurrió esto?

Céntrate, Ferus, se dijo a sí mismo. Estaba aquí, y tenía trabajo que hacer. El Templo era demasiado real, ocupado por soldados de asalto imperiales.

Había absorbido el impacto del Imperio ocupando el Templo. Excepto que verlo era como ser golpeado en el estómago. El Templo le parecía terrible en cierta forma, como un ser que había recibido una herida mortal.

Una vez había sido un aprendiz de Jedi. Había dejado la Orden Jedi, pero paso a paso estaba logrando rescatar lo que había perdido —la misma conexión pura con la Fuerza, la misma lealtad hacia su compañero Jedi— o, ahora, el recuerdo de ellos. Ver el Templo así le hería en lo más profundo.

—¿Ferus? No sé si lo has notado. Pero está lloviendo...

Ferus se giró hacia su compañero, Trever Flume. Los dientes del chico de trece años estaban castañeteando. La capucha que llevaba echada sobre su pelo azulado no había ayudado a mantenerlo seco. Una gota de lluvia cayó por el borde de su capucha y golpeó su nariz.

—Lluvia —dijo suavemente. Ahora Ferus sintió su capa empapada, su piel húmeda y pegajosa. Parte de su entrenamiento Jedi había sido aprender cómo ser insensible a la incomodidad física. Siente la lluvia, siente el frío, después déjalo ir. Pero no había sido un Jedi en mucho tiempo, y tenía que admitir que estaba helado.

—No me estoy quejando —dijo Trever a través de sus apretados dientes—. Pero no puedo sentir los dedos. O los pies. Y tengo hambre. Hay carámbanos en mi pelo. Y estoy...

—De acuerdo. Lo he pillado —dijo Ferus—. Sólo unos minutos más.

—Bien. Si se me caen los dedos del pie, avísame ¿vale? Mételes en mi bolsillo o algo.

Ferus sacudió la cabeza. Ferus no podía imaginarse perder a Trever. El niño se había metido en la nave de escape de Ferus en Bellassa, y Ferus había tardado algunas semanas en darse cuenta de que Trever no iba a marcharse. Era un chico listo, ingenioso, pero a Ferus todavía no le entusiasmaba la idea de llevarle consigo. Ferus le había dado la opción de abandonar, pero Trever no la había tomado. Ferus realmente no sabía qué hacer con él, y hasta que lo descubriera, él y Trever iban a permanecer juntos. Trever tenía habilidades callejeras y un tipo de obstinación que podía transformarse en coraje. Hubo veces en las que Ferus estuvo realmente contento de tenerle con él.

Ferus miró otra vez a través de los electrobinoculares. Definitivamente estaban usando el Templo. Le había llevado sólo unas pocas horas en Coruscant recoger el rumor en la calle. El Imperio estaba usando el Templo como prisión para los Jedi capturados.

Había rumores de que alguno había sobrevivido, que algunos habían regresado al Templo antes de que el radiofaro direccional fuese desmantelado. Allí habían encontrado soldados de asalto y una prisión Imperial donde había estado su casa.

Ese era el rumor, de todas formas.

Ferus no sabía cuánto de aquello era verdad.

Obi-Wan Kenobi le había dicho que había logrado transformar el radiofaro en un faro preventivo antes de que cualquier Jedi hubiese regresado. Eso no cuadraba con la historia del Imperio. Por lo que una parte del rumor era una mentira. Aun si algún Jedi hubiese regresado, no podría haber muchos de ellos. Ferus sabía que casi todos habían sido asesinados en la purga.

Pero aunque sólo hubiese uno, tenía que entrar y comprobarlo.

Ya sospechaba quien estaba dentro: Fy-Tor-Ana, la Jedi conocida por su gracia con un sable láser. Ferus había rescatado al Gran Maestro Jedi Garen Muln en las cuevas de Ilum, y Garen le había dicho cómo Fy-Tor le había dejado y había prometido regresar. Ella se había dirigido hacia el Templo y nunca regresó.

Tenía que estar aquí. Si hubiese estado libre, habría regresado a por Garen. Ferus sólo podría concluir que estaba detenida o muerta.

El propio Garen estaba recobrándose en un asteroide escondido que Ferus esperaba establecer como una nueva base Jedi. No sabía cuántos Jedi podrían estar vivos, pero necesitarían un lugar seguro donde vivir.

Notó las idas y venidas de las naves imperiales. Ya que el antiguo hangar había sido destruido, habían construido una nueva plataforma de aterrizaje en la que una vez fuera la grandiosa plaza delantera. Se proyectaba como una fea cicatriz.

No pienses en lo que fue. Piensa en el siguiente paso.

Entonces, era una prisión. Él conocía las prisiones.

Era difícil escapar. Pero no tan difícil como colarse dentro.

—Sé lo que estás pensando —dijo Trever mientras golpeaba sus botas contra el suelo para calentarse los pies—. Estás pensando que podemos hacerlo.

—Bueno, podemos.

—Sí. Claro. No hay problema. ¿Qué son un par de cientos de soldados de asalto?

Ferus mantuvo la mirada en el Templo. —Tengo una ventaja.

—¿Además de mi? —Trever sonrió burlonamente.

—Podrán ocupar el Templo, pero no conocen el Templo. Nadie lo conoce como un Jedi. Puedo meternos... y sacarnos.

—Eso dices.

Ferus le miro escrutadoramente. —Escucha, puedo hacer esto solo. Preferiría hacerlo solo. Podemos tener un punto de encuentro...

—No —la voz de Trever fue llana—. Estoy contigo.

Ya habían tenido esa discusión. Trever vio el cambio en la mirada fija Ferus que significaba que había aceptado lo inevitable. —¿Entonces, cómo crees que entraremos? —preguntó el chico.

—Creo que tengo una forma —dijo Ferus—. Nos dejaremos caer desde una nave directamente encima de la torre quemada. Puedo ver un lugar donde parte de la torre fue volada. Eso nos dará algo de agarre. Directamente encima de ahí solía haber un pequeño jardín acristalado en el lado sur. Se usaba para cultivar hierbas para la cocina. Si podemos trepar por esa parte volada hasta donde solía estar el huerto, podremos meternos en un pasillo de servicio. Había un sistema de túneles de servicio de conexión que llegaba hasta

los turboascensores de servicio. Con un poco de suerte alguno de los túneles habrá sobrevivido, y podremos entrar en los niveles inferiores de ese modo. Ese es el único lugar donde podría estar la prisión.

— ¿De qué nave estás hablando? —preguntó Trever—. Dejamos el crucero estelar de Toma en la plataforma de aterrizaje. Además, si ambos vemos a entrar ¿quién va a conducir?

—No vamos a usar el crucero de Toma —Toma era un nuevo aliado. Había librado una batalla contra las fuerzas imperiales en su planeta natal Acherin. Él y su primer oficial, Raina, se habían aliado con Ferus y Obi-Wan. Obi-Wan había regresado a su misterioso exilio, pero Raina y Toma se había quedado en el asteroide para cuidar de Garen—. He tenido una idea diferente. Alquilaremos un aerotaxi.

— ¿Quieres decir, saltar a un aerotaxi y decir, 'Oye, conductor, podría dejarnos caer en la torre por favor?'

—Bueno, tiene que ser el conductor adecuado.

—De acuerdo, repasémoslo —dijo Trever—. Vamos a dejarnos caer desde un vehículo en movimiento encima de una torre derruida para encontrar una hipotética abertura que podría conducir a alguno de los túneles hechos añicos, para tal vez lograr entrar en un lugar inundado de soldados de asalto para que podamos tal vez rescatar a un Jedi que, si tenemos suerte, todavía podría estar vivo.

Ferus miró a Trever directamente a los ojos. — ¿Tienes algún problema con ello?

—Nah —dijo Trever—. Vamos.

Muchas cosas habían cambiado en Coruscant, pero otras seguían siendo iguales. En uno de los niveles inferiores de la Ciudad Galáctica todavía había una ensombrecida plataforma de aterrizaje donde los conductores de aerotaxis privados podían ser contratados para hacer viajes ilegales y peligrosos, sin hacer preguntas. Mientras Ferus negociaba con un musculoso humanoide agazapado con marcas faciales tatuadas, Trever encontró un puesto de comida que parecía que no podría envenenarle. Devoró rápidamente una empanada vegetal y se tragó un cartón de zumo. Cuando Ferus le hizo señas, guardó otra empanada en su bolsillo y estuvo listo para partir.

Se montaron en la parte trasera de un maltrecho aerotaxi y salieron zumbando a través de las coloridas luces láser del distrito de entretenimiento. El conductor se mantuvo en las vías espaciales prescritas... de momento. Mientras se abría camino a través de los niveles hacia el distrito del Senado, podían ver el Templo arrasado cada vez mejor.

Aquí las vías espaciales estaban abarrotadas de tráfico. El conductor se deslizó suavemente dentro del flujo. Mantuvo los motores a poca potencia, pero en el último momento se salió del curso hacia una vía más cercana al Templo. Se zambulló y fue alrededor de la torre dañada y se detuvo en el aire.

—Id si vais a ir —gruñó—. En un momento apareceré en los sensores imperiales.

Ferus activó su cable líquido y se volvió hacia Trever. Vio al chico palidecer.

—Te sujetaré —le aseguró Ferus—. Y estaré a tu lado.

Trever tragó, después asintió. Ferus enganchó el segundo cable a su cinturón.

Ferus disparó ambos cables líquidos, apuntando hacia un punto por encima de un borde dentado de la torre que parecía que los sujetaría. El cable se enganchó y les impulsó hacia delante bruscamente mientras el conductor aceleraba. Ferus maldijo al conductor en su cabeza por la prematura partida mientras volaban salvajemente por el aire, el viento soplaba en sus oídos. La lluvia apedreaba sus caras como agujas afiladas. Ferus aterrizó con

dureza en el borde protuberante y agarró a Trever para guiar su aterrizaje. Trever chocó contra la torre y la abrazó.

—Eso fue divertido —croó.

—No mires hacia abajo.

—Intentaré no hacerlo.

El aerotaxi se alejó zumbando, uniéndose de nuevo al flujo de tráfico pesado como si siempre hubiese sido parte de él. Toda la operación había durado segundos.

Ferus se quitó la lluvia de los ojos. Por su posición en la torre, una gran cantidad de la Ciudad Galáctica estaba espaciada debajo de él. Podía ver el desgarrado complejo del Senado y la nueva estatua maciza de Emperador Palpatine que el propio Palpatine había encargado. Desde aquí, Ferus y Trever eran invisibles para el tráfico imperial que se dirigía hacia la nueva plataforma de aterrizaje, pero no podía confiar en eso durante mucho tiempo.

Ferus sentía la tosca piedra del Templo contra su espalda. Claro, tendría que colarse, pero una oleada de sentimientos se alzó en su interior, una conexión como ninguna otra.

Estaba en casa.

CAPÍTULO DOS

Un brazo flexible de duracero de un sensor todavía pendía de la pared. Ferus probó su peso en él, y aguantó. Usándolo como apoyo, fue capaz de enganchar sus dedos sobre el borde superior e impulsarse para echar una rápida mirada al lugar del antiguo huerto.

Con un gruñido, Ferus se equilibró sobre sus palmas. El huerto no había sucumbido por el fuego, vio, había sido volado. Trozos de piedra ennegrecida bloqueaban la antigua entrada. El cristal se había hecho pedazos y agujas de este material todavía yacían alrededor.

Recordó...

Parado al lado de Siri, mientras ella arrancaba una hierba y la sujetaba bajo su nariz.
— ¿Qué te dice esto?

—Es una hierba —dijo.

— ¿Pero qué dice eso?

—No lo entiendo, Maestra — ¿Qué quería ella? Ferus sólo tenía trece años, estaba en los comienzos de su aprendizaje. Tenía miedo todo el tiempo de hacer o decir alguna cosa equivocada.

—Esto es parte de la Fuerza, también, Ferus. Conexión con las cosas vivas. Cierra los ojos. Huele. Bien. Ahora. ¿Qué te dice?

—Dice... almuerzo.

Siri mostró su risa corta. —No es muy imaginativo, pero supongo que tendrá que servir. Probemos con otra.

— ¿Maestra? A Yoland Fee no le gusta que nadie recoja sus hierbas. Es una regla para los Pádawans.

Siri se giró hacia él, con las manos llenas de flores comestibles y hierbas verdes. Sonrió.

—Sabes, Ferus, si pudieses conseguir quitar algo de almidón de tu túnica nos llevaríamos mucho mejor.

Ferus sintió la tensión a través de sus brazos por sostenerse. Se dejó caer de vuelta al saliente. No había sido completamente consciente de que entrar en el Templo sería más peligroso que las tropas imperiales. Preferiría soldados de asalto antes que recuerdos cualquier día.

Siri había estado en lo correcto, por supuesto. Pensando en ese momento, recordó qué cuidadoso había sido para mantener recta su columna, la mirada nivelada. Había sido consciente de cada palabra, ajustándose a lo que debería decir o hacer el prefecto aprendiz.

Cada vez que Ferus volvía la mirada hacia un recuerdo de sí mismo como Pádawan, se preguntaba cómo podía aguantarle nadie. Fue sólo más tarde, en Bellassa, a través de su amistad con Roan Lands, cuando aprendió a salirse de los rígidos contornos que se había impuesto, a ver que la perfección era una prisión que había construido y le mantenía apartado de los demás.

Echaba de menos su antigua vida con Roan tanto como echaba de menos a los Jedi. La guerra y el Imperio habían desgarrado su vida en dos, como a tantos otros en la galaxia. Al principio no había reconocido el cambio. La acumulación de poder de Palpatine había sido tan lenta, tan cuidadosa. Tan endiabladamente inteligente. Había sabido que en momentos de confusión los seres buscaban liderazgo, y no examinaban muy

cuidadosamente hacia donde se dirigía ese liderazgo. Cuando la realidad detrás de la máscara emergió, era demasiado tarde.

—Las piedras se han colapsado alrededor de la abertura —le dijo a Trever—. Tendremos que volar alguna. ¿Crees que puedes hacerlo?

—Pensaba que nunca lo preguntarías.

Había descubierto que Trever era una clase de experto de explosivos. Trever podía desmontar serenamente una carga alfa y amplificarla o debilitar su potencia sin pestañear. Su hermano Tike había sido parte del movimiento de resistencia en Bellassa y le había enseñado. Tike había muerto, junto con el padre de Trever, a manos del Imperio. Después de eso, Trever había hecho su vida en las calles de Bellassa, y había adquirido bastantes conocimientos por el camino. Era un producto de la guerra y el sufrimiento, mayor antes de tiempo, escondiendo las debilidades de un niño que todavía se encogía debajo de sus bravuconadas.

—Necesitaremos media carga, sólo lo suficiente para abrir un pequeño agujero —le dijo Ferus a Trever—. No queremos atraer ninguna atención.

Trever sacó una carga alfa de su cinturón de utilidades. —Esto debería bastar. Álzame.

Ferus le impulsó. Agarró los pies del chico mientras Trever se contoneaba, colocando la carga entre las macizas piedras.

—Cubrámonos —dijo Ferus soltando a Trever.

—Es sólo media carga.

La explosión casi tira a Ferus del saliente. Agarró el protuberante sensor y se mecía en el aire, azotado por un viento que le abofeteaba. Atrapó su cuerpo y le hizo girar como una caña. Decidió seguir el consejo que le había dado a Trever y no mirar hacia abajo.

Meció sus piernas de vuelta a su viejo saliente. Trever se había deslizado hasta la abertura excavada.

— ¿Eso era media carga? —preguntó Ferus con incredulidad.

—No es una ciencia exacta, ya sabes —contestó Trever tímidamente.

—Esperemos que los soldados de asalto no lo hayan oído. Vamos.

Ferus se impulsó una vez más para inspeccionar el trabajo manual de Trever. A pesar de la potencia de la explosión, el agujero era pequeño, un testamento de la fuerza de la piedra. Era lo suficientemente grande como para pasar apretadamente a través de él.

Bueno, eso se ocupa de uno de mis miedos, de todas formas, pensó Ferus. No se quedarían atrapados en esta torre. Al menos podrían entrar.

No pensaría cómo iban a salir. Todavía.

Ferus dio un salto de Fuerza hasta la abertura y se equilibró. Le tendió una mano a Trever y le izó. Se doblaron y se metieron a través de la abertura que había abierto Trever a través de la piedra.

Ya estaban dentro del Templo, en un lugar que Ferus conocía bien, pero se encontró perdido durante un momento. Esto no se parecía al Templo que había conocido. Estaba en un área excesivamente dañada, y durante un momento no pudo orientarse. Una pared estaba demolida, otra ennegrecida por el humo. El pasillo hacia el que había esperado girar había desaparecido. En lugar de eso había una montaña de escombros.

—Tendremos que ir por aquí —dijo, girando en dirección contraria.

Escalaron una pared derrumbada. Ferus permaneció inmóvil un momento. A pesar de todo lo que había ocurrido, la Fuerza permanecía presente. Todavía estaba aquí para él, y él se conectó a ella.

De repente, se sintió completamente orientado, y muy claro.

El Templo podría ser un laberinto gigantesco para las personas ajenas, pero para un Jedi el diseño tenía sentido. Había sido diseñado para amoldarse a la vida de un Jedi, para que desenvolverse fuera fácil. Por eso seguía los ritmos de un Jedi, con meditación fluyendo en la actividad física, en la naturaleza, en la comida, en el estudio, en la investigación y el soporte.

—Ésta solía ser el área de reparación de droides —le dijo Ferus a Trever—. Por lo que también debería haber un acceso a los túneles de servicio aquí.

Se habían formado charcos de agua en el suelo. La lluvia goteaba en el interior. El olor del humo ascendía de las ennegrecidas paredes. Ferus trató de apartar cualquier emoción. Necesitaba centrarse.

—Me gusta mirar a los droides —dijo Anakin.

Ferus asintió. Había ido para dejar un pequeño droide para reparar como favor para un Maestro Jedi. Para su sorpresa, había encontrado a Anakin Skywalker revisando partes de droides.

No conocía muy bien a Anakin. Había llegado al Templo el año pasado. Había oído los rumores, por supuesto. Lo fuerte que era Anakin en la Fuerza, cómo le había sacado Qui-Gon Jinn de un remoto planeta desértico. Cómo Obi-Wan Kenobi se había ofrecido para entrenarle personalmente después de la muerte de Qui-Gon. Cómo podía ser el Elegido.

—Construí un droide en mi planeta natal —dijo Anakin. Algo en su voz le dijo a Ferus que Anakin estaba solo.

Ferus deseó tener la habilidad de decir lo correcto, de responder con calidez a un chico que no conocía. Deseó que su torpeza no pasase por rigidez. Deseó ser más como Tru Veld o Darra Thel-Tanis, quienes podían hablar con cualquiera y hacerse su amigo. Pero era difícil para él saber qué decir. No tenía ese don. Sus maestros siempre le decían que estuviese más en contacto con la Fuerza Viva.

—No recuerdo mi planeta natal —dijo finalmente—. O a mi familia.

Anakin le miró bajo una mata de pelo rubio. —Entonces tienes suerte.

Ese niño solitario se había convertido en un Jedi asombrosamente dotado. Y ahora estaba muerto. Ferus no sabía cómo o dónde. Había estado poco dispuesto a preguntarle a Obi-Wan. La mirada en la cara del Maestro Jedi cuando se mencionaba a Anakin era suficiente para detener a Ferus. La pena había marcado a Obi-Wan, y parecía más viejo y más gris que lo que correspondería a su edad.

Ferus comenzaba a darles sentido a las formas ennegrecidas y retorcidas. Allí, el montón de duracero fundido, esa había sido la estantería que había recorrido toda una pared. Había tenido partes de droide. La piedra se había desmoronado en guijarros que crujían bajo las botas de Ferus mientras avanzaba por el resonante espacio. Pateó algunas partes derretidas en el suelo. Los agujeros abiertos en el techo habían dejado entrar la lluvia matutina. Los crujidos le dijeron que ahí vivían criaturas, escurriéndose a través de los escombros.

Los droides de protocolo eran formas extrañas, medio derretidos, con las órbitas de los ojos vacías. Parecían soldados caídos.

El olor de descomposición estaba en sus fosas nasales. La descomposición, el fracaso y la ruina.

Y era sólo el principio de lo que vería.

— ¿Dónde está la entrada a los túneles? —preguntó Trever.

Ferus trajo su mente de vuelta a la tarea actual. Miró alrededor tratando de orientarse. —Esa abertura de allí conduce al vestíbulo principal. Creo que deberíamos evitarla. La entrada a los túneles de servicio estaba por allí. Al menos, creo que estaba ahí.

Miraron a través del cuarto hacia un montón gigantesco de escombros.

—Todo lo que puedo decir es, si tenemos que pasar a través de eso, será mejor que estés en lo cierto —dijo Trever.

De repente escucharon el sonido de pasos.

—Soldados de asalto —murmuró Trever.

Ferus señaló rápidamente hacia un imponente montón deformado de metal retorcido. Se había fundido por el calor; una vez había sido una pila de droides. La puntiaguda naturaleza del montón había creado agujeros en todas partes. Podrían meterse dentro y esconderse debajo.

Justo a tiempo. Un escuadrón de soldados de asalto con armaduras blancas entró en el espacio a través de la abertura volada que llevaba al vestíbulo principal. El oficial al mando habló a través de su comunicador en el casco. —Los sensores indican actividad de formas de vida.

Trever miró a Ferus, alarmado: Ferus observó como el escuadrón comenzaba a peinar el espacio sistemáticamente, cuadrante por cuadrante. Ese era el problema con los soldados de asalto, pensó malhumoradamente. Eran tan eficientes.

En unos minutos los divisarían. Ferus no tenía ninguna duda. Estaban rodeando los montones del droides, comprobando cada hendidura, cada rincón oscuro.

Ferus sintió algo húmedo y encrespado frotando su pierna. Sólo la más severa disciplina Jedi, arraigada en sus huesos, evitó que se sobresaltase. Una rata meer, gorda y negra, contoneándose por ahí. Antes de que Ferus pudiera avisarle, Trever saltó levemente, golpeándose la cabeza contra el metal. El ruido metálico más débil resonaba a través del espacio.

—Detengan la actividad —El oficial se giró, apuntando una vara luminosa a escasos centímetros de su escondite—. Evidencia de intrusos. Buscar y destruir.

CAPÍTULO TRES

Trever metió su mano en el bolsillo. Sin hacer un sólo ruido, sacó la empanada que había colocado ahí. La tiró a corta distancia. La rata meer fue tras ella.

El oficial captó el movimiento. La luz de la vara luminosa fue enfocada hacia el sonido, y captó la a rata en mitad de la carrera.

—Otra rata —dijo el soldado de asalto con repugnancia—. Son tan grandes que activan los sensores. Me estoy cansando de estas falsas alarmas. Vamos, salgamos de aquí.

Ferus y Trever esperaron hasta que el sonido de las pisadas se desvaneció.

—Eso estuvo cerca —dijo Ferus.

—Y ahí se va el resto de mi almuerzo —añadió Trever.

Salieron con cuidado. Evitando a la rata que masticaba la empanada, fueron hacia el área donde Ferus estaba seguro que encontrarían la entrada a los túneles. Los escombros estaban amontonados a tan gran altura que no había forma de decir dónde había estado la entrada. Cerró los ojos.

Ferus se concentró en el recuerdo de su breve conversación con Anakin siendo niño. Usó un ejercicio que todo Pádawan había aprendido. Les llevaban a un lugar, les pedían que abriesen los ojos, mirasen durante cinco segundos y después cerrarlos otra vez. Luego tenían que describir todo lo que habían visto. Algunas veces se los colocaba frente a lo que parecía una pared en blanco, y tenían que percibir cada grieta, cada irregularidad.

Ferus fue hacia atrás, pasando años de acontecimientos y sentimientos que podían nublar su mente, pasando su perspectiva infantil, y centrándose en lo que había visto. Podía evocar la textura del frío contra sus dedos, las partes del droide pulcramente etiquetadas en los estantes, los bancos de ordenadores. Cuando recordó el sonido de la cúpula de un desgastado droide astromecánico a la derecha de Anakin, supo que estaba llegando. La Fuerza le ayudó a conectar con el recuerdo tanto como lo que había a su alrededor en ese momento.

Calculó la distancia. Recordó cómo de alta había sido la entrada, cuántos metros por encima de su cabeza. Recordó su propia altura e hizo los cálculos necesarios.

Entonces caminó hacia adelante. —Está aquí atrás —dijo señalando hacia un punto en el montón. Su memoria Jedi y la Fuerza le habían guiado.

O eso, o estaba completamente equivocado. No sería la primera vez.

Desenfundó el sable láser que le había dado Garen Muln en las cuevas de Ilum. Desde el primer momento, había sentido como si siempre hubiese pertenecido a su mano. Insertó el sable láser y lentamente lo giró hasta que su calor empezó a disolver el área de alrededor en un círculo continuamente creciente. Trever dio un paso adelante, fascinado como siempre por el poder de un sable láser.

Cuando Ferus hubo despejado espacio suficiente, apartó el resto de rocas y escombros con sus manos y entró gateando, sujetando una vara luminosa delante de él. Podía sentir más que ver que había desbloqueado la entrada. Llamó a Trever para que le siguiera. Tuvo que gatear cerca de veinte metros, pero por fin lo atravesó y fue capaz de ponerse en pie. Trever se unió a él segundos después.

Era difícil mantener el equilibrio debido a los escombros y a la basura que ensuciaban el pasillo. Éste había sido una vez un reluciente túnel blanco, iluminado por lámparas azul

claro. Se había construido para transportar droides desde el área de reparación hasta los diversos lugares del Templo. El techo era bajo y las paredes curvas.

—Éste sale cerca de las habitaciones —dijo Ferus—. Esta parte del Templo, por lo que puedo ver, no fue tan duramente destruida como las otras.

—Eso significa que nos encontraremos con más soldados de asalto —dijo Trever.

—Lo haré lo mejor posible para evitarlos —Ferus se movió lentamente por el túnel—. Los Pádawans solían explorar todos los túneles de servicio y los pasillos poco usados. Algunas veces era útil si no querías encontrarte con alguno de tus profesores, si olvidabas una tarea o te habías saltado una sesión de prácticas.

—Aw, Ferus, has vivido a la altura de mis expectativas. Sabía que eras la clase de renegado que no hacías sus deberes.

Ferus bufó. Trever no tenía ni idea. Trever conocía a una persona diferente de la que había sido Ferus. "Renegado" difícilmente encajaba con la descripción de sus años como Pádawan. Realmente nunca se había saltado una tarea o una sesión de prácticas. Había luchado por la perfección en cada momento de vigilia. Era movido por su necesidad de aventajar. Como consecuencia, no había hecho amigos fácilmente. Fue sólo cerca del final de su aprendizaje cuando se había hecho amigo de Darra y Tru.

Darra había muerto en Korriban. Todavía se sentía responsable de su muerte. Había dejado la Orden Jedi por eso.

Y estaba Anakin. Anakin, cuyos dones eran tan grandes, que había pensado en Ferus como un rival. Ahora recordaba sus peleas, y su profunda separación. Ahora habría hecho las cosas de forma diferente. No habría juzgado a Anakin como lo hizo. Ahora Anakin estaba muerto, junto con Tru, junto con los Padawans con los que había vivido la mayor parte de su infancia. Ni siquiera los más grandes guerreros Jedi —Mace Windu, Kit Fisto, o Yoda— pudieron derrotar a los Sith.

Entonces ¿Qué le hacía pensar que él podría?

Sé que no puedo derrotarles. Pero puede que si infligimos bastantes golpes, podamos herirlos.

No estaba en la naturaleza Jedi actuar movido por la cólera. Pero ¿realmente era tan grave empezar una lucha porque estabas tan profunda y completamente enfurecido?

Ferus alzó una mano cuando se aproximaban al final del túnel. Sabía que daba a un pasillo de servicio que iba en paralelo con uno de los pasillos principales. Apostaba a que los soldados de asalto usarían los pasillos principales, los cuales eran más grandes y conducían a las grandiosas escaleras y a los turboascensores. Los pasillos de servicio eran estrechos y tenían un trazado complicado. Era fácil perderse.

— ¿Dónde crees que está la prisión? —preguntó Trever en voz baja.

—Tiene que estar en las grandes salas de almacenamiento — contestó Ferus—. Es uno de los únicos lugares que podría ser reconfigurado como lugar seguro. Y por lo que pude ver a través de los electrobinoculares, permanece intacto en su mayor parte. Hubo una serie de turboascensores al final del primer pasillo de servicio que llevaba hasta el área de almacenamiento. Con un poco de suerte todavía estarán allí. Aunque no funcionen, podríamos ser capaces de bajar por uno de los ejes.

Esperando un momento para asegurarse de que el pasillo de servicio estaba vacío, Ferus entró en el pasillo. Trever le siguió mientras sujetaba la vara luminosa delante de él, manteniéndola al mínimo. Aquí las paredes también estaban renegridas por fuego, pero el pasillo no parecía estar seriamente dañado.

Sólo una pared los separaba de un pasillo principal, y podían oír el ruido de actividad al otro lado.

—No llego a comprenderlo —murmuró Ferus murmuró—. Parece haber mucho movimiento. Este lugar debe ser algo más que una prisión. No me extraña que hubiese tanta actividad en la plataforma de aterrizaje.

—Cuanto más mejor —dijo Trever torvamente.

Ferus llegó al área del turboascensor. Frunció el ceño decepcionado. Lo que había sido un grupo de turboascensores, ahora era un montón de duracreto derrumbado. Aun peor, bloqueaba la conexión con los otros pasillos de servicio.

—Vamos a tener que usar el pasillo principal —dijo—. Sólo un poco, para llegar al otro grupo de turboascensores.

Se detuvo delante de una puerta. No oyó ningún sonido, por lo que la abrió cuidadosamente. El pasillo estaba vacío. Ferus sabía exactamente dónde estaba. Si seguía este pasillo a la derecha, le llevaría hasta la Sala de las Mil Fuentes. Más allá de esta había otro pasaje que le llevaría más cerca.

Llamando por señas a Trever, salió al pasillo. Moviéndose rápidamente y en silencio, se apresuraron pasillo abajo. Mientras pasaban ante el gran umbral de madera de la Sala de las Mil Fuentes, las pisadas de Ferus vacilaron.

—¿Qué pasa? —murmuró Trever.

—Un momento.

No podía evitarlo. Había sido su lugar favorito del Templo. Tenía que ver. Ferus abrió las puertas.

Dio un cuidadoso paso hacia adentro. La primera cosa que le golpeó fue el silencio. En su mente había estado esperando la tranquilizadora nota del goteante y salpicante agua. Incluso había vuelto su cara hacia arriba para sentir la refrescante rociada.

Vacía. Desolada. Los restos de las fragantes plantas y flores, secos, marrones. Tocones alzándose como dedos retorcidos. Lechos del estanque secos, urnas de piedra volcadas y agrietadas.

Se giró. Tendría que endurecer su corazón contra esto. No podía dejar que cada visión fuese un golpe. Eso sólo le retardaría.

Pasaron por la Sala de Mapas, donde un estudiante podía acceder a cualquier cuadrante de la galaxia, a cualquier mundo. Ferus no fue tentado a curiosear. Y la amada biblioteca de Jocasta Nu —sin entrar, podía ver a través de las puertas bombardeadas que había sido sistemáticamente destruida. Todo ese conocimiento, toda esa sabiduría— perdida.

Pero debo seguir moviéndome.

Oyeron pisadas detrás de ellos. Ferus agarró a Trever y se escondieron detrás de una alta columna.

Se fundió con la columna mientras las pisadas sonaban cada vez más cerca.

Era algún de tipo de mensajero imperial y un oficial.

—Se suponía que estarías aquí esta mañana.

—Llevó algún tiempo reunir los datos.

—Bueno, ya estás aquí. Lléalos a la oficina del Inquisidor.

—¿Posición?

—Sigue este pasillo y cruza las puertas dobles. Es la primera puerta a tu derecha, la que tiene ventanas. Déjalo y márchate. El Inquisidor Malorum no está aquí.

¿Malorum? ¿En el Templo?

Esto podía ser un desastre o un pedazo de buena suerte. Obi-Wan le había pedido a Ferus que descubriese que se proponía Malorum, si podía. Y parecía que la oficina de Malorum estaba justo aquí, en el Templo.

Por supuesto, Malorum conocía su cara. No sólo eso, le odiaba. Afortunadamente para Ferus, no estaba aquí.

Ferus pensó en las direcciones que el oficial le había dado.

No puede ser. ¿La oficina de Malorum es la habitación de Yoda?

—No se espera que regrese hasta mañana. Esperará que todo este en orden para entonces. Va a trasladar aquí la base de operaciones desde la Fortaleza Imperial...

Las palabras se desvanecieron mientras se desvanecían las pisadas.

—Otra vez ese tío no —gimió Trever suavemente. También había conocido a Malorum, en Bellassa. Fue Malorum el que había puesto precio a la cabeza de Trever.

—Sí, continúa apareciendo ¿verdad? — ¿Por qué pondría su oficina en el Templo? ¿Y por qué escogería, de entre centenares de habitaciones, las de Yoda?

Porque puede.

¡La arrogancia!

Empezaron a caminar por el pasillo otra vez. Estaba vacío, y se apresuraron a ir al grupo de turboascensores y saltaron dentro. El pulso de Ferus se aceleró. Al fin descubriría si algún Jedi seguía con vida.

CAPÍTULO CUATRO

El turboascensor funcionaba como la seda. Era un pedazo de suerte. Descendió hasta el área de almacenamiento y se abrió. Ferus estaba preparado, con su sable láser listo para usarse, para lo que fuese que esperaba al otro lado de la puerta. Pero se abrió a un pasillo vacío.

Dio un cuidadoso paso adelante. No sólo vacío, sino... polvoriento.

Prestó atención al sonido, al movimiento. Trajo la Fuerza hacia él y la extendió. Ciertamente si esto fuera una prisión, habría recogido ecos de la Fuerza Viva, sin importar cómo de débil. Especialmente de otros Jedi.

—Pareces preocupado —murmuró Trever—. Y cuando te preocupas, me preocupo.

—No siento nada —dijo Ferus.

— ¿Eso es todo?

—Para un Jedi, eso lo es todo.

Avanzaron cautelosamente. Ferus no estaba tan familiarizado con esta área como con otras. Estaban en los niveles más bajos del Templo. Todos los Pádawans estaban obligados a darse una excursión extensiva por el Templo, desde la cima hasta la base, y familiarizarse con el trazado, pero Ferus sólo había visitado las áreas de almacenamiento de vez en cuando.

Afortunadamente era un trazado estándar, pasillos paralelos que conducían a cuartos de almacenamiento de diversos tamaños. Fueron caminando, inspeccionando uno tras otro.

Vacíos.

Vacío excepto por depósitos desparramados, objetos aleatorios almacenados aquí y no asaltados porque no eran de valor, toallas, lonas. Jabón. Barras luminosas y servomotores. Mantas.

—Supongo que el Imperio encontró el tesoro —dijo Trever—. ¿Pero tal vez pasaron algo por alto? ¿Nada aquí abajo?

— ¿Qué tesoro? —preguntó Ferus.

—El tesoro que tenían los Jedi —dijo Trever—. Sabes que la Orden era rica. Todos esos pagos de los mundos que protegían...

Ferus estaba furioso. —Esa fue una mentira contada por el Emperador. Los Jedi nunca recibieron ningún pago por sus servicios. Palpatine intentaba poner a la galaxia en contra de los Jedi para justificar sus crímenes. ¡Y ahora repites las mentiras!

—Oye, Ferus, cálmate. ¿Cómo se supone que iba a saber que era una mentira? Todo el mundo lo decía.

—Todo el mundo dice que el Emperador está de su lado.

—Excelente argumento.

En muchos sentidos, ésta era la peor consecuencia de la Orden 66, la que había destruido a los Jedi. La historia había sido rescrita. Las mentiras de Palpatine habían cambiado la manera en la que la galaxia veía a los Jedi. Sus vidas de servicio se habían convertido en ansia de poder. Su desinterés se había convertido en avaricia.

—Lo siento —dijo Trever, mirando la expresión de su cara—. Oigo la palabra "tesoro" y comienzo a salivar en exceso. Ya me conoces... —trató de sonreír, pero sus ojos estaban preocupados—. Olvidas que soy un ladrón.

—Ya no —dijo Ferus. El momento de cólera pasó. Miró a su alrededor—. No lo entiendo. Éste es el lugar lógico para la prisión. Y el rumor de la calle dice que los Jedi están abajo, en los cuartos de almacenamiento del Templo.

— ¿Hay algún otro sitio donde pudieran retenerlos?

Ferus sacudió la cabeza. —Cualquier cosa es posible, pero... —se detuvo. Mientras pasaban el cuarto de almacenamiento más grande, pensó que había captado un destello de luz de un reflejo. Cautelosamente, avanzó. No había Fuerza Viva aquí. Pero había... algo.

Alzó su vara luminosa.

Le llevó un momento distinguir los montones, la confusión de objetos. Filas y filas desaparecían en la oscura luz por las esquinas del vasto espacio.

Sables láser.

Ferus sintió que perdía el aliento y se le paraba el corazón. No podía moverse.

Trever, sintiendo su emoción, se retiró. En un raro despliegue de tacto, no dijo nada.

Ferus avanzó. Su bota golpeó la empuñadura de un sable láser, y se sobresaltó. Se inclinó para recogerlo. Recorrió con los dedos la empuñadura. No lo reconocía. Lo puso cuidadosamente en el suelo.

Fila tras fila... pilas y montones, algunas colocadas pulcramente, sin duda para la identificación. — ¿Cuántos? —murmuró.

Se inclinó para recoger una empuñadura aquí, otra allí.

Aquí estaba la prueba. El Imperio debe haber coleccionado los sables láser cuando pudieron, pero con qué propósito, no estaba seguro. Para identificar Jedi, quizá. ¿Pero quién podría reconocer las empuñaduras a parte de otro Jedi? O quizá tenían la intención de estudiar los sables láser para poder usarlos como arma algún día.

Después de todo, Obi-Wan le había dicho que el Emperador Palpatine era un Sith. Darth Vader era su aprendiz. ¿Quieren crear un ejército Sith?

¿Pero qué importaba eso? Había un golpeteo en su interior, metal contra roca. Algo feroz y elemental. La pena estaba golpeándole.

Así es como funciona esto, se percató. Cada vez que crees que has comprendido tu dolor, vuelves a quedar cegado. Te deslizas de vuelta a tu furia y tu incredulidad.

—Todos ellos —dijo caminando—. Tantos —Y cada uno representaba una noble vida, perdida. Y entonces vio lo que temía —el sable láser de alguien al que amó.

Lo recogió. Lo conocía bien. Incluso había tratado de arreglarlo. Poco había sabido entonces que un favor para un amigo acabaría siendo el principio del fin de su carrera como Jedi.

Tru Veld había sido su amigo. Tru había sido el amigo de todos: Su ojos plateados, su gentileza, la forma en la que iniciaba una conversación por el medio y daba vueltas hasta el principio. La manera en la que había sido el que dejó pasar la manera estirada de Ferus dentro de su corazón.

No sabía qué hacer con el sable láser. No podría soportar el dejarlo. Pero, mirando a su alrededor, Ferus se dio cuenta de que Tru quería que yaciese con los demás. Lo colocó amablemente donde estaba.

Algún soldado de asalto, algún oficial, algún clon sin rasgos, algún arma brutal, del aire o la tierra, había acabado con la rebosante vida y el generoso corazón de Tru Veld. Para el Imperio sólo había sido otra marca, otro Jedi caído. Otro paso hacia su meta. Para Ferus, él había estado lleno de complejidades, ideas, esperanzas, pasiones y voluntad. Había sido único y lleno de vida. El hecho de que se hubiese ido —aquí estaba otra vez, ese sentimiento de algo siendo demasiado real, y aun así imposible al mismo tiempo.

—Ferus —dijo Trever urgentemente—. Oigo algo.

Y él también debería haberlo oído, si el rugido del pesar no hubiese estado en sus orejas.

Un escuadrón de soldados de asalto, por el sonido.

Se giró a su alrededor, buscando lo que debería haber sabido que estaría allí.

—Una alarma silenciosa —dijo.

Sabía la forma en la que trabajaban los imperiales. Se había opuesto a ellos durante meses en Bellassa. Debería haber sabido esto.

—Propagan rumores —dijo—. Quieren que todo el mundo piense esto es una prisión Jedi. Saben que cualquier Jedi con vida vendrá —se giró hacia Trever—. Ahora lo entiendo. Esto no es una prisión. Es una trampa.

CAPÍTULO CINCO

Tenía que haber otra salida. Siempre la había, incluso en áreas de almacenamiento como esta. Ferus sabía que el Templo había sido diseñado buscando la utilidad así como la belleza. La energía debía conservarse, incluso la energía física. Este espacio era demasiado vasto para tener sólo una forma de descargar las mercancías.

—Sígueme —le susurró a Trever. En lugar de salir por la puerta principal, bajaron corriendo por el pasillo, dejando atrás los sables láser, los recuerdos y el pesar, hasta la parte trasera de la habitación. Allí encontró lo que estaba buscando, una entrada a los túneles de servicio. Esto debería conducirlos de vuelta al vestíbulo.

Primer problema: El túnel estaba sellado con una puerta, y el viejo panel de control no funcionaba.

Rápidamente y en silencio, Ferus atravesó la puerta con su sable láser. Dejaría evidencias de su presencia, pero era demasiado tarde para hacer otra cosa. Podía oír al escuadrón en la parte delantera de la habitación. En cualquier momento serían descubiertos.

Trever no necesitaba invitación. Se metió a través del agujero que Ferus había creado. Ferus le siguió y bajaron corriendo por el túnel de servicio. Mientras corría, Ferus calculó hacia dónde les estaba llevando el túnel. Daba un giro brusco a la derecha, y supo que ahora corrían paralelamente al segundo pasillo de servicio.

—Si podemos salir por a alguna parte a lo largo de este túnel, podemos llegar al turboascensor —le dijo a Trever.

—¿E ir dónde?

—Bueno, cualquier parte menos aquí es una opción.

Ferus vio un panel de control delante y, débilmente, el contorno de una puerta. Probó el panel de control y esta vez funcionó. La puerta se abrió. Bien. De esta manera, una vez que los soldados de asalto entraran en el túnel de servicio, no podrían precisar donde lo habían dejado Ferus y Trever. Se cerró detrás de ellos.

Estaban en otro cuarto de almacenamiento, lo que Ferus había esperado. Éste estaba lleno de estantes vacíos. Mientras corrían hacia la puerta, Ferus se detuvo repentinamente.

—¡Ferus, vamos!

Se inclinó y pasó el dedo a lo largo del estante. —Mira. Dejaron marcas.

—¿Qué dejó marcas?

—Las latas. Éste era un área de almacenamiento de comida —inspiró—. Todavía se puede oler las hierbas secas. Esto es por ti, Siri. Sabías que vendría bien.

—Fascinante. Ahora ¿podemos seguir escapando?

Ferus pensaba rápido, recordando. —El almacén de comida seca tenía un sistema de entrega separado. Si los cocineros se quedaban sin alguna cosa, podían introducir lo que necesitaban en pantallas técnicas en la cocina y la información sería transferida aquí abajo. Los droides monitorizaban las lecturas, encontraban los artículos, y los llevan a los elevadores verticales. Los elevadores funcionaban con aire comprimido. Disparaban las latas hacia arriba, a los comedores, dónde se mantenían temporalmente en una inmersión de gravedad cero, en otras palabras, en el aire. Los elevadores son pequeños, pero podríamos ser capaces de meternos dentro, eso si el sistema del aire comprimido todavía funciona— Mientras hablaba, Ferus comprobaba rápidamente el panel de control.

— ¿Quieres decir que vas a dispararme hacia arriba con aire comprimido? —Trever no parecía seguro de eso.

—Tendrás el viaje de tu vida.

— ¿Puedo recordarte que no soy una lata de alubias?

—Estamos de suerte. Todavía funciona.

—Oye, ¿qué pasa si la parte de gravedad cero no funciona?

—Busca una agarradera en tu camino de descenso. Trever, es la única forma de escapar de los soldados de asalto. Nunca se imaginarán esto.

—Esto continúa poniéndose cada vez mejor —gimió Trever. Pero se introdujo en el pequeño elevador vertical, doblando las rodillas bajo su barbilla—. A todo esto, ¿tienes alguna idea de cómo vamos a salir del Templo?

—Estoy pensando.

—Eso no suena muy prometedor.

—No hago promesas. Sólo planes.

—Es un placer hacer negocios contigo, Ferus.

—Una última cosa, si no puedo hacerlo, trataré de llegar a la plataforma de aterrizaje y robar una nave. Reúnete conmigo en el asteroide.

Cerró la puerta ante la incrédula mirada de Trever. El sonido del aire le dijo que el transporte había tenido éxito.

Ferus se dirigió hacia el siguiente tubo elevador. Se apretó y se contorsionó, pero no podía meterse dentro de la abertura. Se golpeó la cabeza y se lastimó el codo cuando intentaba meterse a la fuerza.

Espera, Ferus.

Se centró en recordar.

Siri se inclinó para ayudarle. Había caído durante una caminata rutinaria, sólo porque no había prestado atención. Cayó de un peñasco, a plomo, y golpeó contra el barro.

Primero sus expertas manos se aseguraron de que estaba bien. Luego se reclinó sobre sus talones, balanceándose expertamente a pesar de que habían estado caminando durante seis horas por un terreno accidentado.

—Cuando te sentiste caer, ¿por qué no utilizaste la Fuerza?

Porque sólo tenía catorce, y ésta no venía a él tan fácilmente. Pero Ferus no quería decirle eso a su Maestra. —No hubo tiempo.

—Siempre hay tiempo suficientemente para un Jedi —dijo Siri—. La cuestión es que la Fuerza está siempre a tu alrededor.

Ferus luchó para sentarse. Estaba creciendo rápido, y sus piernas y brazos siempre parecían enredarse debajo de él. Por eso se había caído.

—Nuestros cuerpos no son sólo hueso y músculo —dijo Siri—. Son también líquidos. Y aire. Y el suelo no es tan duro como parece.

A Ferus le pareció sentir cada magulladura. —Eso dices.

Ella se puso en pie, tendiéndole una mano, y le alzó, riéndose. —Haces todo más difícil de lo que tiene que ser, Ferus. Incluso la suciedad.

Ferus sintió relajarse su cuerpo. La Fuerza se movió a través de él, y sus músculos repentinamente se sintieron fluidos. Se dobló, se contorsionó fácilmente y se introdujo dentro del pequeño espacio. Entonces cerró la puerta del compartimento y voló hacia arriba con una ráfaga de aire, tan rápido que se mareó.

La puerta del compartimento se abrió mientras se sentía mantenido en el campo de gravedad cero. Se impulsó fuera y cayó de pie en el suelo de la vasta cocina del Templo, capaz de alimentar a centenares de Jedi. Trever estaba esperando.

—Tenías razón —dijo—. Fue un buen paseo.

Ferus echó un vistazo a su alrededor. La cocina siempre había sido un lugar ocupado. Los Jedi que tenían un interés rotaban su servicio, y todos estaban dispuestos a escamotear algún manjar en cualquier momento del día o la noche para algún joven aprendiz en crecimiento. Ahora estaba más o menos intacta, pero, como la mayoría de los lugares que había visto, llena de escombros y ennegrecida por el humo. Se había hecho un intento en una esquina de restaurar su función. Podía ver que la cocina estaba funcionando y se había despejado y preparado una mesa para cenar.

La Fuerza surgió, una advertencia, sólo medio segundo antes de que oyese abrirse la puerta.

Realmente tenía que trabajar en su conexión con la Fuerza. ¿De qué servía una advertencia si repentinamente aparecían veinte soldados de asalto frente a él?

— ¡Whoa! —Trever se lanzó al suelo mientras el fuego láser cruzaba por el aire. El sable láser de Ferus danzó, desviando los disparos.

Habló con urgencia al amparo del ruido. —Hay otra salida por las cocinas. ¡Ve, ahora! —ladró la orden, y Trever salió disparado, corriendo en un loco patrón que hizo difícil para los soldados de asalto fijar el blanco en él. Ferus se retiró, manteniendo el sable láser en movimiento, y pensando, como lo haría un Jedi, tres pasos por delante.

Le seguirían al pasillo. No podría perderlos, allí no. Pero la biblioteca estaba al lado, medio demolida. Habría más refugio allí. Si podía llegar al segundo nivel de la biblioteca, podría salir por la puerta trasera, y desde allí... desde allí.

¿Dónde?

La respuesta vino a él. Las habitaciones privadas de Yoda. Ahora la oficina de Malorum.

Malorum estaba ausente. Estarían vacías y tranquilas. Y desde allí podrían acceder a los archivos, tal vez encontrar una forma de salir que no hubieran considerado. Y podría descubrir que se traía entre manos Malorum. Los soldados de asalto nunca pensarían que alguien sería lo suficientemente estúpido como para esconderse en la oficina privada del Inquisidor principal.

El único problema era que tendría que atravesar la mayor parte del pasillo principal para llegar allí. Serían divisados.

La mente de Ferus se aclaró, y recordó entrar andando en la Sala de las Mil Fuentes. El sistema de agua había sido destruido, el dosel superior que había semejado el cielo estaba andrajoso y medio caído. Una vez, ese dosel había cambiado de color durante todo el día, oscureciéndose desde los rosados del amanecer hasta el púrpura profundo del crepúsculo, como un sistema de alumbrado imitando el paso del sol. Ahora el dañado dosel revelaba el sistema de redes de pasarelas superiores que daban servicio a las luces láser...y conectaban con el túnel del conducto de energía que corría por las paredes. Más pequeño que los túneles de servicio, pero construido para que una persona de servicio pudiera introducirse para trabajar en los circuitos en cualquier punto.

Trever le esperaba en el pasillo. Ferus iba algunos segundos por delante del escuadrón de soldados de asalto. Corrió pasillo abajo. No tenía duda de que el oficial al mando estaría pidiendo refuerzos. Pronto los pasillos estarían inundados por tropas.

Los soldados de asalto irrumpieron en el pasillo justo cuando doblaban la esquina. Rayos láser se descargaron en las paredes, enviando trozos de piedra sobre ellos como si fuese lluvia.

—Por aquí.

Más rayos láser estremecieron el pasillo. Ahora estaban disparando por disparar, a pesar de que Ferus y Trever no estaban a tiro. Era una táctica Imperial que recordaba de sus tiempos en la resistencia bellassana, disparos para intimidar así como para matar. ¿Por qué no? Los imperiales no carecían de munición, y no se preocupaban por la destrucción física de la propiedad.

La puerta hacia el pasillo principal estaba atascada. Ferus saltó hacia ella, usando ambos pies y la Fuerza. La puerta se abrió de golpe, y él y Trever la atravesaron a la carga. Con un movimiento de su mano, la cerró tras ellos con la Fuerza. Instantáneamente fue hecha trizas por el fuego de las armas.

Ferus salió disparado a través del vestíbulo, bajando un corto tramo de escaleras, y giró con Trever en sus talones. Abrió de un empujón las pesadas puertas de la biblioteca.

Se dijo a sí mismo que no se detuviera ni un momento para lamentarse de nuevo por los tesoros perdidos allí, para no notar mientras corría a través de los escombros dejados por las estatuas quebradas que habían sido semejantes a los grandes Maestros Jedi.

La escalera había desaparecido. Trepó a una pila de escombros en su lugar, con Trever subiendo detrás de él. Alcanzaron el balcón y corrieron hacia la puerta trasera.

La abrió sólo un centímetro para asomarse. Esta vez tuvo algunos segundos para monitorizar la actividad de afuera. Un pequeño grupo de oficiales se alejaba por el pasillo mientras varios soldados marchaban hacia ellos. Tendría que cronometrar esto cuidadosamente para que los soldados pasasen y los oficiales continuaran antes de que él y Trever saliesen corriendo.

Escaleras abajo oyó al escuadrón registrando la biblioteca. En cualquier momento aparecerían.

Los soldados de asalto pasaron. Ferus y Trever tenían que arriesgarse.

Ferus salió a hurtadillas de la biblioteca, con Trever tan cerca como una sombra. Las tropas no se giraron mientras caminaban por el pasillo.

Ferus recorrió corriendo la corta distancia hasta las puertas de la Sala de las Mil Fuentes y la atravesó a toda prisa. Trever corría a su lado ahora, continuando sin esfuerzo. Al final del camino, Ferus se detuvo y sacó su cable líquido, agarrando a Trever al mismo tiempo. El cable los impulsó hasta la pasarela superior.

—Estoy empezando a acostumbrarme a esto —gruñó Trever mientras bajaba de un salto a la pasarela.

Allí. Ferus vio la pequeña puerta enrejada al final de una escalera abierta. Se acercó corriendo y extendió una mano, esperando que la Fuerza estuviese allí. La puerta enrejada desapareció. Él y Trever saltaron dentro, y volvió a colocar la reja.

El túnel estaba oscuro, pero después de un momento pudo ver. Evitando los circuitos y los cables comenzaron a gatear túnel abajo.

—Esto va por la pared —dijo en un susurro—. Así que anda con cuidado.

Imaginó donde estaban ahora, en el mismo nivel que las habitaciones privadas de Yoda. Cuando pensó que estaban cerca de la puerta alzó una mano y Trever se detuvo detrás de él. Había una reja justo delante. Ferus se inclinó y miró. Estaba directamente en frente de las habitaciones de Yoda. Podía ver las tablillas de las persianas. El pasillo estaba vacío. Enroscó sus dedos alrededor de la reja, preparado para retirarla.

Repentinamente, Ferus oyó pasos que se aproximaban.

Malorum. Avanzando a grandes pasos en su ropas de Inquisidor, con un asistente apresurándose a su lado. Deteniéndose ante la puerta de las habitaciones de Yoda.

Ferus lo sintió, una leve perturbación en la Fuerza. Obi-Wan había estado en lo cierto con sus sospechas: Malorum era sensible a la Fuerza. Encubrió su propia conexión con la Fuerza, aunque Ferus dudaba que Malorum fuese lo suficientemente adepto como para sentirlo.

—No hagas sonar la alarma general —espetó Malorum—. Observa por todos los medios, pero observa tranquilamente. Lord Vader ha decidido concedernos una visita no anunciada. No quiero que se entere de esto hasta que los intrusos sean capturados.

—Sí, señor.

Ferus sintió el lado oscuro de la Fuerza surgir en una repugnante oleada, tan poderoso que se encogió hacia atrás sin darse cuenta. Sabía lo que eso significaba.

El Lord Sith había llegado.

CAPÍTULO SEIS

Ferus sintió como si le hubiesen quitado el aire de los pulmones. Darth Vader estaba al otro lado de la pared. Desde su posición cerca del suelo él sólo podía ver las botas del Lord Sith, pero podía oír el chirrido de su máscara de respiración.

Su única esperanza era que Vader no estuviera buscándolos.

—La situación es normal, dice —remarcó Vader con voz profunda y atronadora.

Malorum había dado algunos pasos hacia adelante por lo que Ferus ya no podía verle. —Sí, como puede ver. Llegué un día antes, me gusta hacer eso, sorprenderles. Mantiene a todo el mundo en su puesto, y es una buena forma de aprender cosas que...

—Regresó un día antes porque yo se lo ordené. Si puede dejar de elogiarse a sí mismo lo suficiente, tal vez pueda explicar por qué hay escuadrones patrullando los pasillos.

—Estricta rutina. Creo en la presteza constante.

—Malorum, ¿cree que soy idiota?

—¿Discúlpeme, Lord Vader?

El poder de la rabia de Vader llenó el pasillo. —Esto es una pérdida de tiempo, y odio perder el tiempo. Le aguanto porque es útil... por ahora. Así es que le doy una opción. Dígame la verdad, o continúe con sus mentiras.

Ferus casi podría sentir los cálculos de Malorum. El pulso continuó durante un poco más.

—Dos intrusos fueron localizados y están siendo rastreados —dijo Malorum finalmente—. Le aseguro que serán encontrados. Ya ve, en cierto modo, esto prueba el éxito de mi plan para atrapar a los Jedi. Uno de los intrusos tiene a un sable láser.

—¿En serio?

—Así es que los rumores que propagamos funcionaron.

—Para que una trampa funcione debe capturar a su presa. No tiene un Jedi en custodia. En lugar de eso, alguien anda todavía en libertad.

Hubo una nota de falsa levedad en la voz de Malorum. —Por ahora, Lord Vader, se lo aseguro.

—Las aseguraciones no me interesan.

Lord Vader sonaba casi... aburrido. Trataba con desprecio a Malorum. Ferus había oído que Malorum era la mascota especial de Lord Vader, su protegido. Obviamente eso era un pedazo de rumor infundado.

—Y recuerdo —continuó Vader—, que dejó que un Jedi se escabulliese entre sus dedos en Bellassa. Y ahora hay otro Jedi en alguna parte de Coruscant.

—Tengo a un espía que se ha infiltrado en ese grupo de Jedi. Estoy esperando a un informe...

—Su tediosa obsesión por atrapar Jedi le ha llevado a descuidar sus órdenes. Le he dado una tarea simple: limpiar Coruscant, nivel por nivel, hasta la misma corteza, hasta que esté completamente bajo nuestra dominación. Cazaré cada posible núcleo de resistencia. Planearé un golpe y eliminara a los Borrados. No podemos tener tipos de la resistencia convirtiéndose en héroes.

—Sólo un minuto, Lord Vader —dijo Malorum—. Coruscant difícilmente es una asignación ordinaria.

—Si no es capaz de realizar el trabajo, encontraré a alguien que lo haga.

—Por supuesto que soy capaz, Lord Vader.

—Entonces hágalo y hágalo ya. ¿Quiere deshacerse de intrusos? Vuele el Templo.

Ferus se puso rígido.

—¿Volarlo? —preguntó Malorum.

—¿Por qué no?

—¡Pero mi oficina privada está aquí! Registros valiosos se perderían.

—Insiste demasiado sobre su propia importancia. —Ferus podía oír realmente la respiración que salía con un siseo de los pulmones de Malorum.

—Ya veo lo que está haciendo. Trata de desacreditarme a los ojos del Emperador. Quiere destruir mi trabajo, mis archivos... —entonces se detuvo—. Un momento. Ahora lo veo. No hablaba en serio.

—Interesante lo que ha emergido justamente ahora, ¿verdad? ¿Tiene archivos aquí que no han sido almacenados por seguridad Imperial? Esa es una violación de las directivas del Emperador.

Esto es una batalla, pensó Ferus. Malorum quiere el trabajo de Vader. Quiere ser la mascota del Emperador. Y Vader sabe exactamente lo que pretende.

Ahora hubo un elemento de satisfacción en el tono de Malorum. —Tengo permiso del mismo Emperador para guardar archivos privados que creo que podrían comprometer una investigación en marcha.

—¿Necesito recordarle su propia inferioridad?

La rabia de Vader sirvió para invalidar la seguridad de Malorum. Era algo atemorizante sentirla contra ti, reflexionó Ferus. Se alegró de estar detrás del panel.

—No tengo secretos para usted, Lord Vader. Hay informes que no ha visto todavía, archivos que necesitan notas adicionales... tengo espías en todas partes de Coruscant, como sabe. Informes de nuestro progreso en la vigilancia de los subniveles.

—Por fin me dice algo que quiero saber.

—Por no mencionar ciertos asuntos delicados que he estado investigando sólo por su propio interés, Lord Vader. Por ejemplo, los rumores acerca de Polis Massa...

Ferus se esforzó por oír. Allí estaba otra vez —Polis Massa. Algo había ahí, algo grande, pero no sabía qué.

Si Malorum pensaba que iba a impresionar a Darth Vader, estaba equivocado. Su jactancia tuvo el efecto de opuesto. Ferus podía sentirlo ahora, la lenta quemadura de la furia de Vader mientras se creaba.

—Lord Vader...

La voz de Malorum sonaba ronca, como si le costase respirar. Aún así, Ferus pudo escuchar el miedo en ella.

—Yo... le... suplico...

Estaba ocurriendo algo extraño. La rejilla ante Ferus estaba vibrando. Después la pared empezó a vibrar. Escuchó un sonido crujiente. Vader estaba permitiendo que su furia creciese.

—No vuelva a mencionar ese lugar de nuevo.

—Por supuesto, Lord Vader.

A través del pasillo, Ferus podía ver que las ventanas de la habitación de Yoda estaban vibrando. Repentinamente la puerta explotó. Vio una silla navegar por el cuarto y la escuchó chocar contra una pared. Parte del techo se agrietó y los cables se vinieron abajo.

Ferus le hizo una señal a Trever y empezaron a retroceder gateando.

Las ventanas reventaron. La rejilla estalló, junto con un gran pedazo de la pared. Ferus y Trever estaban al descubierto.

CAPÍTULO SIETE

Ferus y Trever intentaron dar marcha atrás en medio de pedazos de cristal y miraron directamente hacia la máscara negra de respiración de Darth Vader. Malorum estaba colgado en el aire, víctima de la furia de Vader, su cara estaba casi púrpura.

Vader liberó su agarre de Fuerza, y Malorum cayó al suelo con un graznido.

Por un momento, nadie se movió.

Vader bajó la mirada hacia él, y Ferus miró hacia arriba, y todo en su interior se disolvió en puro miedo. Miró esa negra máscara reflectante y se preguntó quién era el ser que estaba detrás de ella realmente. ¿Medio vivo, medio mecánico? No lo sabía.

De alguna manera el entrenamiento se puso en marcha. Tenía un momento, y lo convirtió en tiempo suficiente. Ferus sabía que no tenía bastante poder para enfrentarse a un Sith. Ni se acercaba. Pero tampoco podía dejar que Darth Vader dominase la Fuerza. Trató de alcanzar la Fuerza y fue golpeado por una sorprendente oleada. Creció en intensidad y poder, la oleada más poderosa que alguna vez hubiese sentido, como si el propio Yoda estuviese ahí para ayudarlo. Casi parecía como si fuese dirigida hacia él, emanando de la habitación de Yoda.

Ferus se montó sobre una ola de Fuerza, agarrando a Trever con un brazo y saltando para agarrarse al cable flexible que había caído del techo. Todavía estaba sujeto arriba, y le dio algo con lo que balancearse. Conjuntamente con Trever salió balanceándose a través de la destrozada pared de cristal, y entonces lo soltó. Sabía que la Fuerza le llevaría.

Él y Trever volaron sobre el atrio y aterrizaron al otro lado. Podía sentir el lado oscuro de la Fuerza detrás de él, pero no le puso atención. Simplemente corrió, sabiendo en todo momento que si Vader le hubiese querido, le habría atrapado. Tan simple como eso.

Quizá estaba dejando escapar a Ferus y a Trever para humillar a Malorum. O para probarle. O porque no le importaba tanto. Fuera cual fuese la razón, Ferus la agarró y corrió con ella.

Las alarmas sonaban.

Ahora el Templo entero estaba en alerta. Ferus cambió a un pasillo que él sabía que era un atajo hacia las salas de análisis. Estaba oscuro y polvoriento; los Imperiales no la usaban. Usando su sable láser para alumbrar, indicó el camino. Esto podría proporcionarles unos cuantos segundos preciosos. En su mente, estaba forjando un plan desesperado. La única forma de que saliesen de aquí era si lo hacían rápido; Ferus sabía que no podría esconderse durante mucho tiempo. No había duda de que Malorum no se permitiría fallar delante de su maestro.

— ¿Cuál es el plan? —preguntó Trever respirando con dificultad—. Cuanto antes nos alejemos de ese tipo Vader, mejor. ¿Podemos repasarlo? ¡Temible! ¡Espeluznante!

—Tenemos que robar una nave —dijo Ferus—. La nueva plataforma de aterrizaje está justamente debajo de un cuarto de juegos que usaban los jóvenes aprendices. Durante la vigilancia vi que la ventana está parcialmente destruida.

—Tengo la sospecha de que saltaremos por una ventana otra vez —dijo Trever.

—Bueno, espero que haya un pequeño e ingenioso deslizador debajo de nosotros.

—Sabes, sigues olvidando algo. No soy un Jedi. No puedo hacer todo este saltar y aterrizar.

—Lo estás haciendo muy bien. Apresúrate.

Ferus disminuyó la velocidad cuando alcanzaron el cuarto de juegos. Avanzó a rastras. Tal como había esperado, el cuarto no estaba siendo usado. Un viento frío entró por la ventana rota. Seguido de cerca por Trever entró.

Una oleada de horror le golpeó, duro, directamente en el pecho.

Algo ocurrió allí.

Los jóvenes...

¿Cómo había apartado ese pensamiento? Había imaginado, de alguna forma, que el Imperio no iría tras los jóvenes. Había imaginado que los jóvenes aprendices simplemente habían... escapado.

No se escaparon.

Jóvenes, mayores, los enfermos, los débiles... no entran en los cálculos de los Sith. Simplemente van detrás de lo que quieren.

No pienses en eso. Si piensas en eso ahora, podría destrozarte.

Caminó lentamente hacia la ventana. Parecía como si caminase a través de cenizas. Los juguetes todavía estaban tirados por todas partes, el aparato trepador que los jóvenes habían usado, los sables láser de práctica, los juguetes láser, todo estaba roto ahora.

¿Qué tipo de monstruo sería capaz de esto?

Trever acechó detrás de una columna caída, manteniéndose adecuadamente fuera de la vista mientras atisbaba por la ventana. —Están cerrando la plataforma de aterrizaje —dijo—. Debe ser una medida de seguridad.

Quitándose de encima los oscuros recuerdos de la habitación, Ferus se unió a él. Mientras habían estado dentro del Templo, había caído el crepúsculo. Las luces se encendían en todos los niveles por debajo de ellos. —Mira a ese oficial discutiendo. El código es amarillo, no rojo. ¿Ves la luz al lado de la plataforma? Así que mi suposición es que le dejan partir.

La Fuerza surgió. Era una advertencia. Ferus estaba sorprendido por su franqueza. La mayor parte del tiempo sentía que buscaba a tientas la Fuerza a través de una niebla. Se dio cuenta de que su conexión con la Fuerza era más fuerte mientras estaba allí. Algo en él todavía respondía a este lugar, todavía ganaba fuerza de él.

Malorum estaba cerca.

Miró alrededor del cuarto. Tenía segundos. Tenía que haber algo allí que pudiera usar. Su mente funcionaba rápido. Necesitaba algo que distrajese al piloto de debajo. Todo lo que necesitaba era un instante.

Recogió uno de los juguetes de los jóvenes. Servía para practicar con la Fuerza. Al principio, el juguete láser volaría en línea recta. Según el niño ganase experiencia, él o ella utilizarían la fuerza para hacerlo descender y rodar. Cuantas más cabriolas hiciese, más luces láser se encenderían y se apagarían. Ferus lo comprobó. Unas cuantas luces parpadearon. Todavía funcionaba. Este pequeño juguete había sobrevivido a través de la destrucción a todo a su alrededor.

Se colocó al lado de la ventana quebrada. Al oficial de debajo le habían dado permiso para despegar. Ferus dejó que el juguete láser volara.

Ahora todo lo que necesitaba era la Fuerza.

La sintió fluir sin esfuerzo entre él y el juguete. Envío el juguete girando y descendiendo. Las luces parpadeaban y brillaban intermitentemente, más y más rápido, los colores penetraban la penumbra.

Los guardias de debajo apuntaron y levantaron sus rifles láser. Podía ver que estaban perplejos, sin saber qué podía ser el objeto. ¿Era un arma? El piloto vaciló, inseguro de lo que hacer.

—Agárrate a mí como un mono-lagarto —le dijo a Trever.

Trever saltó sobre su espalda, enroscando sus largos brazos y piernas a su alrededor. Ferus se colocó en el borde. Todo el mundo debajo estaba mirando al juguete láser. Saltó. La Fuerza le ayudó a frenar y a guiar su descenso.

El deslizador todavía revoloteaba cerca de los guardias. Obviamente el oficial quería la protección de su armamento antes de despegar. Ferus mantuvo el juguete láser dando vueltas incluso mientras guiaba su salto.

Todo eso ocurrió en menos de un instante. Aterrizó en la parte de atrás del deslizador. Trever bajó de su espalda y se deslizó en el asiento trasero.

Ferus agarró al oficial por debajo de los brazos. El oficial estaba demasiado sorprendido para luchar. —Necesito un transporte —dijo Ferus.

Le lanzó fuera del vehículo. Todavía revoloteaban a escasos metros de la plataforma; el oficial no se hizo daño, pero no estaba muy contento con su aterrizaje escabroso. Él, también, sacó su bláster y empezó a disparar furiosamente.

—Hora de largarse —dijo Trever, agachándose bajo el asiento.

El fuego láser llovió a su alrededor cuando los guardias se dieron cuenta de lo que sucedía. Ferus aceleró y salieron disparados.

CAPÍTULO OCHO

¿Ahora qué? se preguntó Trever. Con cada nueva idea que tenía Ferus él se encontraba dando vueltas en tormentas atmosféricas, colgando de torres y robando deslizadores imperiales. No sabía si estaba teniendo la aventura de su vida o si simplemente estaba loco por estar ahí.

Se preguntó por milésima vez por qué estaba allí. Cada vez que tenía la posibilidad de escaparse, decía que no.

La verdad era que la galaxia se convertía en un lugar enorme cuando no tenías ningún sitio al que ir.

Y haría cualquier cosa que pudiese para destruir al Imperio que había destruido a su familia.

—Ahora sabemos que Malorum cree que el Jedi está vivo y en Coruscant —dijo Ferus—. Será mejor que nos deshagamos de este deslizador cuanto antes y empecemos a buscar.

— ¿Ahora? —preguntó Trever mientras Ferus pilotaba el deslizador para aterrizar en una plataforma abarrotada—. ¿No te detienes nunca?

— ¿No estamos pasando un buen rato?

—La comida y el sueño estarían bien.

—Nada de sueño, todavía no. Pero puedo conseguirte algo de comida donde nos dirigimos. Si él todavía está allí. —Tantas cosas habían cambiado, pensó Ferus pensó —no esperaba que nada fuera lo mismo. Pero no podía dejar de desear.

Se había ido. Donde una vez el Restaurante de Dexter ocupó su pequeño espacio ahora había un solar vacío. Ferus se quedó inmóvil, mirando el espacio donde había estado. Había sido devastado. ¿Por qué?

Él no conocía a Dexter Jettster muy bien. Sólo le había visto un par de veces. Pero Obi-Wan le había dicho que buscara a Dexter si alguna vez necesitaba información o ayuda, y le dijera que Obi-Wan le había enviado. El hecho de que Obi-Wan confiase en Dexter con el hecho que él estaba todavía vivo quería decir algo.

Ferus pateó un pedazo de escombros. No era el único que conocía a Dexter Jettster. Su restaurante era conocido a lo largo de toda la Ciudad Galáctica. Alguien tenía que saber lo que le había ocurrido.

Una mujer con una capa roja pasó a su lado y le sonrió. —He visto esa expresión en muchas caras —dijo ella—. Buscando sliders, ¿verdad?

—Eran los mejores de la galaxia. ¿Qué sucedió?

—Desapareció —dijo ella—. Ocurrió la misma noche que el Imperio destruyó su restaurante.

— ¿Por qué?

—Fue acusado de subversión y de ayudar e instigar a los enemigos del Imperio.

—Lo normal —dijo Ferus amargamente.

La mujer le dedicó una mirada aguda. —Ten cuidado con lo que dices —le dijo suavemente.

Había un hombre humano caminando cerca de ellos. Probablemente sólo alguien de camino a casa después de un largo día de trabajo. Pero nunca sabías quién podía ser un espía imperial.

Ferus esperó hasta que el hombre hubo pasado. — ¿Sabes lo que le ocurrió a Dexter?

—Rumores —dijo ella—. Coruscant siempre está lleno de rumores. Algunos dicen que fue arrestado. Otros que está muerto. Algunos que viaja por la galaxia, como solía, yendo de trabajo en trabajo en cargueros recolectores de energía. Y algunos dicen que se ha unido a los Borrados.

Ese termino otra vez. — ¿"Los Borrados"? —preguntó Ferus.

Ella le dedicó una mirada curiosa. — ¿No has oído hablar de ellos?

—Yo... dejé Coruscant hace mucho tiempo.

Ella le dirigió una mirada evaluadora. —Bueno, si estás de vuelta, deberías saber de ellos. La Orden de Erradicación del Enemigo de Coruscant fue emitida poco después de que el Emperador asumiese el control. Estaba diseñada específicamente para localizar a esos que habían estado activos en la República. Al principio, sólo fue vigilancia. Tenían que registrarse con un oficial imperial cada semana. Se les prohibió viajar. Pero pronto la vigilancia llevó a los arrestos, los arrestos a la muerte o una muerte en vida, entonces... algunos diseñaron su propia desaparición. Ahora se ayudan unos a otros. Puedes deshacerte de tu nombre, de tus documentos de identificación y de cualquier registro de tu existencia y simplemente...

—Desapareces.

—Como si nunca hubieses nacido. Dicen que viven debajo. Muy por debajo, en uno de los subniveles.

—Ya veo. Me alegro por Dexter, si lo consiguió. Era un amigo. —Sus palabras habían pasado de atrás a delante, pero algo más estaba pasando por debajo. Ella le estaba evaluando, tratando de decidir lo que era. Y él le estaba diciendo, con cada palabra, que podía confiar en él. Sabía que ella sabía más de lo que contaba.

—Es peligroso —dijo ella. Echó un vistazo alrededor furtivamente.

—Todo es peligroso en estos días.

Sus ojos marrones eran cautelosos, y pareció tomar una decisión. —Mi consejo, por supuesto, es que no debe irse por el distrito naranja cerca de la puesta de sol.

—Gracias por el consejo —dijo Ferus mientras ella inclinaba la cabeza brevemente y se alejaba. ¿Lo imaginó, o ella le había susurrado "buena suerte" cuando pasó a su lado?

La mayor parte de sus misiones como aprendiz de Jedi le habían llevado a los mundos del Borde Medio y más allá. Sabía que algunos de los otros equipos Maestro-Páawan, como Anakin y Obi-Wan, tenían más experiencia en Coruscant. Ferus no conocía muy bien el submundo de Coruscant. Pero aun así había oído hablar del distrito naranja.

No era un nombre oficial. No podrías encontrarlo en un mapa. Había tomado en nombre del hábito de los residentes de reemplazar las brillantes luces propuestas por el Senado por otras naranja que daban a los pasajes y callejones un aire espeluznante. Cada vez que los oficiales volvían a poner las luces claras, de alguna forma los residentes se las arreglaban para ponerlas de nuevo naranja, bloque por bloque y calle por calle. Al final el Senado se había rendido con el problema y había dejado estar el distrito naranja.

Ferus nunca había estado allí realmente, pero no estaba preocupado por encontrar el camino. Esto era parte de lo que hacía, meterse en situaciones complejas y tratar de encontrar la información sin cometer demasiados errores estúpidos.

Algunas veces lo hacía mejor que otras.

Cogieron un aerotaxi hacia el distrito. El conductor se marchó de allí tan rápido como pudo. ¿Quién podría culparle?

Había poca iluminación excepto por las coloridas luces láser que emitían invitaciones para diversos clubes, bares y, por supuesto, las brillantes luces naranjas. Allí abajo, nunca había silencio. La presión de los seres hacía difícil caminar. Aquellos que no podían permitirse los niveles superiores vivían aquí, en pequeños cubículos que hacían las veces de apartamentos en enormes estructuras que albergaban miles de ellos. Muchos de ellos, Ferus estaba seguro, estaban planeando cómo conseguir llegar a los niveles superiores para vivir bajo el sol otra vez.

—Inteligente —dijo Trever—. Esconderse a plena vista. Incluso el Imperio tendría problemas rastreando a alguien por aquí. ¿Puedes imaginar una búsqueda casa por casa? Llevaría unos mil años.

Continuaron calle abajo. Bloques de basura comprimida se apilaban por encima de ellos. Aunque había sido saneada en el procesamiento, todavía emitía un olor débil.

—Creo que acabo de perder el apetito —dijo Trever.

—Ya estamos en el cuadrante —dijo Ferus—. Y se está poniendo el sol.

—¿Cómo puedes saberlo? Aquí abajo siempre es naranja.

Ferus miró a su alrededor. Podría entrar en una tienda o sentarse en un banco y esperar hasta que alguien se acercase a él. En distritos como estos, los seres siempre tenían cosas que vender; y eso siempre incluía información. Pero tal vez un café era mejor.

—Es mejor no anunciar que eres un extraño por aquí, pero tampoco parecer que estás en casa —le dijo a Trever mientras miraba alrededor—. Si podemos encontrar una cafetería pequeña...

—Ferus.

—...tiene que ser la correcta.

— ¡Ferus! Mira.

Ferus siguió el gesto de la barbilla de Trever. En el otro extremo de un callejón de apariencia particularmente peligrosa, una pequeña luz láser colgaba sobre una puerta. Sería fácil pasarla por alto, gracias a todo el envolvente brillo anaranjado en el aire. Era una luz roja redonda con grietas emanando de ella. Las grietas hacían que la luz pareciese ser un sol moribundo.

—La puesta de sol —dijo Trever—. En el distrito naranja.

—Tal vez. Ciertamente vale un intento.

Ferus les condujo callejón abajo. —Entraré primero. Tú quédate aquí.

—No estoy seguro de esto —dijo Trever—. Tal vez debería inspeccionar la calle, recoger algo que podría fingir vender, datapads, por ejemplo, y...

— ¿Recoger datapads? ¿No querrás decir robarlos?

—No seas tan preciso. Mi argumento es, entraré pretendiendo ser un vendedor y echaré un buen vistazo. Nadie sospechará de un niño callejero.

—No, iré yo —dijo Ferus—. Tengo experiencia con esto. Tiene que ser algún tipo de cantina. Siempre puedes encontrar a alguien que te ayude en una cantina, si te acercas a él adecuadamente. Espera aquí.

Abrió la puerta... y fue derecho hacia el colmillo de un whiphid mientras este le cogía y le lanzaba por la puerta.

Ferus aterrizó de golpe. Inspeccionó su costado cautelosamente. El whiphid apenas le había mordido con su colmillo. Aun así, podía sentir la quemadura. Gracias a las estrellas por los pequeños favores.

Trever se acercó mirando hacia abajo. —Oh —dijo—, así es cómo se hace.

El whiphid cruzó la distancia en dos zancadas gigantescas. Se alzaba sobre ellos. — ¡Éste es un club privado! ¡Devuelve tu carcasa al agujero del que salió arrastrándose!

— ¡Oye, Cara-Diente! —respondió Trever coléricamente—. ¿Con quién crees que estás hablando?

—No les gusta que les llamen así —murmuró Ferus—. Así que yo no...

El whiphid cogió a Trever con sus garras y le lanzó encima de Ferus. Ferus sintió perder su respiración por el impacto.

—¡Llama a los compactadores de basura! —rugió el whiphid a alguien del interior—. ¡Tenemos algunos desperdicios!

Un delgado varón humano con un abrigo hasta los tobillos apareció en el umbral. Ferus reconoció los signos reveladores de un narcotraficante, un ser que compraba y vendía narcóticos y pociones, a veces sin importarle si eran mortíferas o no.

Puedo con ambos, pensó Ferus. El whiphid simplemente me pilló por sorpresa. Puedo manejar esto.

El narcotraficante se rió. —Venid, florecillas. ¡Tenemos dos vivos!

Un alto bothan y nueve no, diez, seres más salieron por la puerta.

De acuerdo. Tal vez no era tan fácil como pensaba.

Trever se apartó rodando de él. Ferus se levantó de un salto, levantando las manos con las palmas hacia afuera. —Oye, sólo estoy buscando algo de información.

— ¿Y qué te hace pensar que tenemos algo para dar? —preguntó el narcotraficante.

— Dar no. Vender.

— ¡Tiene créditos! —dijo un humano alto alegremente—. ¡Cogedle!

Como una masa, la pandilla homicida fue hacia ellos.

No quería usar su sable láser. La noticia de que habían localizado un Jedi correría rápidamente. No quería darle ninguna pista a Malorum. Ahora sabía que Malorum creía que Fy-Tor estaba viva, y eso sólo la pondría en peligro.

Aun así, no quería particularmente que él y Trever acabasen muertos.

Trever tenía el sentido más precisamente afinado de auto-conservación que había visto. En pocos segundos se había escabullido rápidamente y había rodado debajo de un deslizador quemado.

— ¡¡Wooo!! —gritó una mujer con una pistolera entrecruzada llena de blásters—. ¡Mira como corre la pequeña rata womp! ¡Cogedle!

Ferus saltó y aterrizó encima del deslizador. Sacó su bláster. —Tendréis que pasar a través de mí.

Con un serpenteo, un estrépito y un ruido metálico, las armas de todo el mundo salieron a la vista. Blásters de bolsillo. Un rifle láser. Vibrocuchillos. Vibroespadas. E incluso lo que parecía una pica de fuerza imperial.

—Con mucho gusto —dijo el Bothan.

Repentinamente una risa profunda llegó desde el oscuro interior.

— ¿Os importaría no matar a un pobre tipo, amigos? —dijo Dexter Jettster—. Creo que podría conocerlo.

CAPÍTULO NUEVE

Dexter gesticulo hacia ellos con tres de sus cuatro manos. Ferus y Trever avanzaron temerosamente hacia la oscura barra. Sólo unos pocos pasos detrás de ellos, la decepcionada pandilla les seguía, mascullando misteriosamente acerca de lo que se habían perdido.

Se sentaron en una pequeña mesa que era empequeñecida por la mole de Dex. Mandando fuera a los demás, fijó sus amigables y pequeños ojos en Ferus.

—Ferus Olin, ¿verdad? Recuerdo cuando Siri te traía. Y yo que pensaba que habías dejado atrás Coruscant para siempre. Ese habría sido un movimiento inteligente. ¿Y quién está contigo?

—Trever Flume —contestó Trever.

—Bien, Trever Flume y Ferus Olin, ¿qué os ha hecho bajar a estos lugares?

—Obi-Wan dijo que me ayudarías —dijo Ferus—. Le dejé hace pocos días.

Dexter se echó hacia atrás. Sus cuatro manos fueron a su pecho mientras dejaba escapar una sonora respiración. —Deberías preparar a un tipo para noticias como esa. Está vivo. Es bueno oírlo. ¿Dónde está?

—No puedo decirte eso —dijo Ferus—. Pero te envía recuerdos.

—Bueno, si le ves, dile que Dexter Jettster todavía es su amigo.

—Se alegrará al saber que estás bien.

—¿Bien? —se rió Dexter—. Yo no diría tanto. No tanto. Pero sobrevivo.

—Eres uno de los Borrados.

—Borrado soy. Sin nombre, sin antecedentes, nada que declarar excepto que estoy vivo —se rió otra vez, pero esta vez tristemente—. Obi-Wan habló antes de tiempo. Dudo que tenga alguna ayuda para darte. Pero si has venido para ser Borrado, puedo ponerte en contacto con los canales adecuados. Puedo encontrarte un lugar donde quedarte por un tiempo, no demasiado largo, porque los Borrados tienen que mantenerse en movimiento. Algunos de nosotros seguimos la pista de unos y otros, algunos de nosotros desaparecemos. No hay juicios aquí abajo. Cualquier cosa que hagas para sobrevivir, la haces.

Ferus recorrió con la mirada la larga barra de metal. El grupo que había seguido al whiphid afuera estaba apoyado contra ella, sus espaldas en la barra, sus ojos en él. El whiphid permanecía detrás de la barra, moviendo un trapo sucio de adelante a tras y observando también.

—Ahora no te preocupes por ellos. Sólo cuidan de mí. Es mejor intimidar a cualquier visitante. Las criaturas bajan aquí buscando emociones, y nosotros las enviamos de vuelta por donde vinieron. Un poco peor vestidos, pero vivos. ¡Ja Ja Ja! Si digo que estáis bien, seréis suficientemente bienvenidos.

—¿Quiénes son? —preguntó Trever con curiosidad.

—Un grupo mixto, diría —respondió Dexter—. Cualquiera que el Imperio acosara. Héroes y villanos. Algunos periodistas, algunos antiguos oficiales del ejército de la República. Tal vez algún criminal.

Ferus miró de soslayo al narcotraficante. —Ya me he fijado.

Dexter se golpeó las rodillas con las cuatro manos. —¡Ah! Te refieres a Keets.

—Sí, ese que no podía esperar para ejecutarnos con un vibrocuchillo —dijo Trever.

—Ah, su gruñido es peor que su mordisco —dijo Dex—. Y no era un criminal en los viejos días. Era un periodista, escribiendo para la HoloRed de Coruscant. Uno de los primeros en preguntar por qué Palpatine reunía todo el poder incluso mientras nos sonreía, diciéndonos que estaba protegiéndonos.

—¿No es Keets Freely? —preguntó Ferus, asombrado. Había leído los comentarios de Freely durante las Guerras Clon.

—El mismo. Y el compañero Bothan con la melena enmarañada: ese es Oryon, uno de lo mejores espías que haya tenido la República. ¿La hembra humana con los cuernos afilados? Rhya Taloon, la Senadora de Agridorn. No puede volver a su mundo natal, han puesto precio a su cabeza. Así que escapó. ¿Ves a ese svivreni? Era ayudante del Senado. ¿Y el humanoide alto? Un oficial en el Ejército de la República. No es un clon. No preguntes acerca de los hermanos, los que están juntos que se parecen. No nos han dicho quienes eran.

Ferus miró alrededor de la habitación otra vez, esta vez sorprendido. —Aquí está —dijo, había excitación bajo sus palabras—. Aquí mismo, en esta habitación. Las semillas de la rebelión. Aquí es donde comenzará, en lugares como éste.

Dexter se rió. —Estamos muy lejos de ser una rebelión, joven Olin. Sólo intentamos sobrevivir. Coruscant solía ser un lugar decente en el que vivir, si no te importaba que un billón de seres respirasen tu aire. Las cosas han cambiado. Hay espías alrededor, por supuesto. Pero incluso un Coruscant normal y corriente intentando salir adelante está pasando por momentos realmente duros. Sobornos e intimidación... ahora esa es una forma de vida.

—Hemos estado en el Templo Jedi —dijo Ferus—. Hemos visto el daño allí.

—Dicen que hay Jedi detenidos allí.

—No los hay.

—No pensaba que los hubiera. Por eso advertí al otro.

El estado de alerta de Ferus se agudizó. —¿Qué otro?

—Ella no me dio su nombre.

—Un Jedi, una mujer humana, con una pequeña marca en su frente.

—Esa es. Ella oyó que yo había sido amigo de los Jedi y fue a buscarme. Eso fue antes de me Borrarse a mi mismo. No pude darla mucho, estaba asombrado de que cualquier Jedi hubiese sobrevivido. Pero le dije que no fuese al Templo. En lugar de eso bajó, a los subniveles más profundos.

—¿Sabes dónde exactamente? —preguntó Ferus.

—Ni idea, amigo mío. Pero recientemente recibí un mensaje. Si alguna vez la necesito, dijo, debería buscar Solace.

—¿Solace?

—Una palabra que he estado escuchando más y más últimamente.

—¿Pero dónde está eso?

Dex se encogió de hombros. —No lo sé. No la he necesitado aún.

Ferus miró a su alrededor. —Hay algo de deberías saber. El Imperio planea un golpe aquí abajo. Quieren arrasar a los Borrados. Todos vosotros os estáis volviendo molestos para el nuevo régimen. Quieren controlar a Coruscant hasta la corteza.

Dex acarició su barbilla con sus gruesos y nudosos dedos. —Eso no será fácil, incluso para el Imperio.

—Darth Vader lo ha convertido en su misión personal.

— ¿Darth Vader? Eso es otra historia. —Dex frunció el ceño pensando, los profundos surcos de su cara se colapsaron hasta que sus ojos desaparecieron. Entonces alzó de nuevo la mirada hacia Ferus—. Necesitarás un guía si vas a bajar.

— ¿Tienes alguien en mente?

—Puede ser, puede ser. Pero primero, una pequeña conferencia con la banda.

Dex hizo un gesto a los demás y se retiraron a otra habitación en la parte trasera de la cantina. Resultó que el edificio era un vieja central eléctrica de relevo, y todavía conservaba las turbinas abandonadas. Los Borrados habían conectado su propio sistema de energía, y el aire estaba lleno de vapor y de un zumbido constante.

—Hace difícil que la vigilancia capte las voces —explicó Dex a Ferus y a Trever—. Ya habéis visto que algunos de por aquí son un poco susceptibles acerca de ser espiados.

Siete de los Borrados se sentaron a la mesa junto con Dex. Los otros se quedaron aparte, sin estar dispuestos a sentarse y hablar con extraños. El whipid se quedó en la barra.

Todos los Borrados se volvieron hacia Dexter para comenzar, y Ferus se dio cuenta de que era una clase de líder extraoficial.

—Mi amigo es Ferus Olin, un antiguo Jedi.

—Aprendiz de Jedi —corrigió Ferus.

—Y éste es su amigo... —Trever dijo su nombre.

—Ferus me ha dicho que el Imperio está planeando intentar erradicarnos, y confío en su información —continuó Dexter—. Todos nosotros sabíamos que esto ocurriría. Solo que antes de lo que nos gustaría.

—No estamos preparados para esto —dijo el svivreni. Era regordete, con una cara peluda y estrecha. Su pelo alcanzaba la parte de atrás de sus rodillas y estaba sujeto hacia atrás con una gruesa banda metálica.

—Éste es Curran Caladian —les dijo Dexter a Ferus y a Trever.

—Conocí a un Tyro Caladian —dijo Ferus. Tyro había sido un amigo de Obi-Wan, y una buena fuente de información. Ferus se había reunido con él muchísimas veces. Había sido uno de los veintiún seres asesinados en la gran masacre del Senado, unos años antes de que comenzaran las Guerras Clon.

—Mi primo —dijo Curran—. Empezamos juntos como ayudantes en el Senado —le dedicó a Ferus una mirada de reconocimiento—. Estabas allí ese día en la masacre. Salvaste la vida de Palpatine.

Ferus asintió. Tenía motivos para recordar esto. Ahora sabía que posiblemente no pudo haber salvado la vida de Palpatine ese día. Palpatine, él estaba seguro, había tenido el control soberanamente en cada momento, quizá incluso había previsto los ataques y los había usado a su favor. Ciertamente su coraje en combate le había proporcionado más apoyos que nunca.

— ¿Es así? —Dex golpeó cuatro manos contra sus robustas piernas—. ¡Si te hubieses movido un poco a la izquierda ese día, Ferus, todos nosotros podríamos estar en mejor forma! ¡Ja!

Ferus admitió la broma con una leve sonrisa. Él sentía que nada de lo que pudiera haber hecho ese día habría cambiado las cosas.

—Volviendo al asunto que tenemos a mano —dijo Dex—. O manos. Me parece que tenemos que tomar algunas decisiones. Primero, deberíamos advertir a los demás. Todo el mundo se ocupa de sí mismo, por supuesto. Pero si algunos de nosotros podemos ayudar, deberíamos hacerlo.

— ¿Ayudar cómo? —dijo el hombre alto que Dex había señalado como un antiguo oficial.

—Ofreciendo a los Borrados un lugar donde ir si lo necesitan. Dejando el distrito naranja.

El hombre asintió. —Tenemos que ir más profundo.

—Estoy de acuerdo con Hume —dijo Rhya Taloon. Ferus no podía asociar la imagen de esta mujer, su pelo plateado retorcido entre sus cuernos, las pistoleras entrecruzando su pecho, con la imagen de una Senadora.

—Nuestra fuerza reside en nuestra unión —dijo el bothan Oryon—. Deberíamos encontrar un lugar donde todos nosotros estemos seguros. No sólo nosotros, sino cualquier Borrado que desee unirse.

Los dos hombres jóvenes a los que Dexter se había referido como hermanos se sentaban juntos. Siguieron la conversación cuidadosamente, mirando de un orador al otro al mismo tiempo. Asintieron mostrando su acuerdo.

—Gilly y Spence están en lo cierto —dijo Dexter, a pesar de que los dos hombres jóvenes no habían hablado—. ¿Qué hay de Solace?

Rhya Taloon alzó la voz. —He oído rumores sobre ello. Una clase de refugio, dicen. Secreto. Seguro. Imposible de encontrar, pero muchos encuentran su camino hasta allí.

—Yo digo que lo encontramos —dijo Dexter—. Ferus tiene las habilidades para protegernos durante el viaje.

¿Yo? pensó Ferus. ¿Desde cuándo me he ofrecido como voluntario?

Keets Freely dio una larga mirada a su alrededor, a las barredoras, a los charcos de agua oxidada, y a las paredes mugrientas. — ¿Y dejar todo esto? —bromeó.

Espera un momento, pensó Ferus. Pensé que iba a conseguir un guía, no a liderar un grupo. Le echó una mirada a Dexter. Sus ojos brillaban... podrías decir que tal cosa era posible para los ojos con forma de cuenta de un besalisko.

Oh, bueno. Había sido engañado. Pero no le importaba hacerle un favor a Dexter. Lo haría por Obi-Wan. Y para ayudar a encontrar al Jedi perdido.

A Trever no le importaba. Eso estaba claro por la sonrisa de su cara. A él le gustaban estas personas. Sin duda le recordaban de los comerciantes del mercado negros con quienes vivía en Bellassa.

—Votemos, entonces —sugirió Dexter.

Lentamente, las armas se alzaron. Los siete Borrados estaban de acuerdo en partir.

—Yo me quedaré aquí —dijo Dex—. No soy tan móvil como lo era. Advertiré a los demás para que permanezcan abajo, bueno más abajo de lo normal, y yo esperaré a tener noticias vuestras. Mientras recogían sus armas y pertenencias, Ferus habló con Dexter

—No creas que no me he dado cuenta de cómo me has atrapado en esto —dijo.

— ¿Dónde está tu espíritu aventurero, joven Olin? Dexter se rió y le golpeó en la espalda, enviándole hacia adelante. Se salvó de chocar violentamente contra una columna justo a tiempo.

—Debería decirte algo, Dexter. Si estas confiando en las habilidades de un Jedi, dejé la Orden hace algún tiempo. Estoy un poco oxidado.

—Preferiría tener un Jedi con la mitad de su poder antes que un batallón de soldados de asalto —le aseguró Dexter—. Y llámame Dex. Tengo la sensación de que éste es el comienzo de una larga amistad.

Los Borrados salieron para reunir las pocas pertenencias que necesitaban llevar, y Ferus aprovechó esta oportunidad para conseguir algo de privacidad y contactar con Obi-Wan. Se retiró a una parte poco usada de la sala y sacó su comunicador.

Se habían puesto de acuerdo en una señal codificada antes de partir, y Obi-Wan respondió de inmediato. Un mini-holograma oscilante apareció, y Obi-Wan se retiró la capucha.

— ¿Noticias?

—Hola Obi-Wan, yo también me alegro de verte.

Obi-Wan frunció el ceño. —Se supone que tienes que contactar conmigo sólo por emergencias.

—Bueno, esto no es una emergencia, así que supongo que no quieres oír lo que tengo que decir. ¡Adiós!

—Hola, Ferus —dijo Obi-Wan cansadamente—. ¿Cómo estás?

—Nada que algunos días de descanso en Belazura no puedan curar. Estoy aquí con tu amigo Dexter Jettster. Te envía saludos.

— ¡Dex! Me alegra oírlo.

—Han puesto precio a su cabeza, pero está vivo. Oye, me colé en el Templo con Trever y escuché algo de interés acerca de Polis Massa.

Obi-Wan se puso recto. — ¿Sí?

—A Darth Vader no le importa. Sea lo que sea. De hecho, le prohibió a Malorum continuar con la investigación.

—Eso está bien.

—No, no está bien. Porque Malorum trata de convertirse en la mano derecha del Emperador y deshacerse de Vader. Así que va a continuar.

— ¿Sabes lo que él sabe?

—No, no llegué hasta allí. La pared se cayó.

—Tienes que enterarte. Debes estar alerta ante cualquier investigación sobre la muerte de la Senadora Padme Amidala también. ¿Crees que podrías volver al Templo?

—Trever y yo casi no salimos.

Obi-Wan metió las manos en las mangas de su túnica. —Sabes que no puedo marcharme de aquí, Ferus. Y no quiero poneros en peligro a ti y a Trever. Pero Malorum tiene que ser detenido.

—Le detendré por ti, Obi-Wan —dijo Ferus—. No sé cómo, ni siquiera sé por qué. Pero lo haré.

—Que la Fuerza te acompañe.

— ¿Sabes?, estoy empezando a darme cuenta de que realmente está conmigo. Todavía.

—Por supuesto que lo está, Ferus —ahora la voz de Obi-Wan era cálida—. Dependes de ella.

CAPÍTULO DIEZ

Por primera vez desde que había dejado las calles de Bellassa, Trever se sentía como en casa.

Los Borrados le recordaban a los amigos que había hecho en el mercado negro. Seguro, no querías preguntar a los hermanos, Gilly y Spence, qué hicieron antes de ser Borrados, pero él no tenía problema con eso. Estaba acostumbrado a que la gente ocultase su pasado.

Gilly y Spence no hablaban mucho. Eran pequeños, compactos y armados hasta los dientes con diversas armas improvisadas en las que confiaban más que en cualquier bláster. Keets Freely era el hablador. Ese tipo podía darte la lata con hechos acerca de los subniveles de Coruscant: Cómo habían existido siempre al margen de la ley. Cómo la seguridad no penetraba tan abajo. Millones de habitantes confiaban en sus propias habilidades defensivas o en equipos de vigilantes para proteger barrios y estructuras individuales de apartamentos con sus cientos de habitantes.

Según Keets, desde que el Malvado Imperio asumió el control, las cosas sólo habían empeorado. Antes de las Guerras Clon, al menos el Senado trataba de evitar que el lugar se desmoronase. Enviaban abajo a los equipos de droides para realizar reparaciones ocasionales. Incluso establecieron clínicas médicas para los pobres patanes que tenían que vivir allí. Pero ahora, con el nuevo Senado ambicioso, a nadie le importaba. Así que los millones de seres atrapados en los subniveles viajaban en grupo y guardaban arsenales de armas para protegerse.

Trever podía haberse saltado la conferencia y haber pillado la cuestión principal: vigila tu espalda.

Advirtió que Ferus no estaba demasiado contento con guiar a los Borrados hacia abajo. Habían viajado durante horas hasta que estuvieron muy lejos del Senado y de la Ciudad Galáctica, y todo en lo que Ferus podía pensar era en el Jedi que estaba buscando. Honestamente, estaba un poco obsesivo con eso. Pero aun así, Trever nunca había conocido a nadie de quien sintiese que podía depender como Ferus. Valía la pena quedarse cerca.

Sus planes eran imprecisos. Tenían que serlo. El grupo había decidido dirigirse hacia abajo, todos ellos apiñados en un gran deslizador, y recoger información a lo largo del camino. Ya que había tantos rumores acerca de Solace, estaban seguros de que encontrarían el camino hasta allí.

Por supuesto, alguno de los rumores era bastante extremo.

Número uno: Solace era un lugar en la corteza que había escapado el auge de los edificios monolíticos en Coruscant. Tenía árboles y lagos y estaba abierto al cielo, sin nada encima de él.

Y si crees en eso, pensó Trever, crees en ángeles espaciales.

Número dos: Solace fue construida hace siglos en la corteza, un lugar maravilloso de palacios y torres donde todos eran bienvenidos, todo era valorado, y todo era gratis.

Claro, y el Emperador es un tipo humilde cuidando del bienestar de todo el mundo y la galaxia es un jardín floreciente.

El único rumor en el que Trever creía verdaderamente era el hecho que ya sabían: Solace era difícil de encontrar.

Al final de un largo día de no haber descubierto básicamente nada, Rhya Taloon se desabrochó sus pistoleras para ponerse cómoda y se acostó en el jergón en la casa de huéspedes que habían alquilado para pasar la noche. Gilly y Spence estaban ocupados limpiando su armas mientras Trever yacía en el otro jergón, y Ferus extendía su capa en el suelo a modo de cama.

—Esto no nos lleva a ninguna parte —anunció Rhya hacia el techo. Colocó la punta su bota en el talón opuesto y se quitó una bota, luego la otra. Aterrizaron con un golpe en el suelo.

—Tienes que hacer muchas preguntas antes de obtener respuestas auténticas, dulzura —dijo Keets mientras se sentaba a horcajadas en una silla—. Puede que no lo veamos, pero tenemos piezas del puzzle.

—¿Tenemos? —Ella agitó una mano en el aire—. Todo lo que he oído hoy era ruido.

—Hay una cosa que seguimos escuchando. La corteza. Eso está abajo del todo, algunos dicen que está incluso debajo de la corteza.

—Eso es cierto —dijo Ferus—. Ese es el hilo común.

Oryon agitó hacia atrás su enmarañada melena. Estaba en su posición habitual de descanso, en cuclillas en el suelo. A Trever le parecía incómodo, pero Oryon parecía encontrarlo relajante. —Siempre hay una semilla de verdad aun en el rumor más exagerado. Keets podría estar en lo cierto.

Gilly y Spence alzaron la mirada de sus armas y asintieron.

—Tiene que haber una primera vez —dijo Hume. Era el hombre humano alto que había sido oficial del ejército de la República.

Keets le hizo un saludo. —Incluso un crono roto funciona dos veces al día.

—Así que deberíamos ir directamente a la corteza —dijo Curran—. Dejar de perder el tiempo.

—Suenas como un plan —dijo Hume—. Odio perder el tiempo.

Todo el mundo miró a Ferus. —Estoy de acuerdo —dijo.

—¿Alguien ha estado alguna vez tan abajo? —preguntó Keets.

—¿Estás bromeando? —preguntó Rhya—. Nunca salí de la Ciudad Galáctica —bajó la mirada hacia las pistoleras del suelo—. No obstante, tampoco disparé un bláster nunca antes.

Oryon comprobó su arma. —Bueno, prepárate. Pronto podrías tener un montón de oportunidades.

Salieron hacia la corteza con las primeras luces.

Descendieron pasando subnivel tras subnivel. Allí no había vías espaciales, sólo pilotaje difícil. Ferus pilotó el deslizador, sin hablar, concentrándose en evitar los otros deslizadores agresivos que encontraba así como sensores rotos que surgían repentinamente delante de él, plataformas de aterrizaje desmoronadas, y pasajes estrechos.

Coruscant había sido construido de la superficie hacia arriba. Cuando los niveles se habían vuelto demasiado abarrotados para soportarlo, se construyeron más niveles por encima. Más edificios, más infraestructura, más centrales eléctricas, más pasarelas. Cuanto más profundo iban Ferus y los otros, más antiguas se volvían esas estructuras.

Dejaron el deslizador en una plataforma de aterrizaje que había sido apuntalada con vigas de duracero y madera. Mirando alrededor, Trever podría ver que improvisación era el nombre del juego cuando había que construir allí abajo.

Allí en la corteza, entraban en un siglo que estaba comprometido con la grandeza. Esos seres de hace mucho tiempo construyeron sus edificios de piedra, de cientos de pisos de altura, con esculturas intrincadas y balcones, torretas, y torres. La piedra de los edificios estaba agrietada y desmoronándose. A menudo fueron reforzados con desechos de metal o madera. Sus calles eran serpenteantes y estrechas, con callejones saliendo de callejones en un confuso laberinto.

Allí no había sistemas oficiales en absoluto ni electricidad, ni agua, ni luz, ni ventilación que no estuviera alimentada por generadores privados. Bajaron andando a través de un estrecho pasaje arqueado. La piedra bajo sus pies estaba agrietada y dividida, algunas veces con fisuras que tenían metros de ancho. Saltaban cuando tenían que saltar y evitaban los huecos. Eran los únicos seres por las calles. Aunque por encima de ellos los soles no se estaban poniendo, parecía como si fuese de noche. El aire era oscuro y cerrado.

Eso era aquello: el fondo de Coruscant. El más bajo nivel conocido.

Si no encontraba allí Solace, no había ningún otro lugar al que ir.

Trever esperaba que hubiese seguridad en ser numerosos. Los Borrados parecían traicioneros. No podía imaginarse que nadie quisiese enredarse con ellos.

Se encontró desacelerando los pasos. Se sentía obsesionado por lo que estaba arriba. Era como si pudiese sentir la presión de millones de vidas por encima de él, los millones de estructuras y máquinas, una matriz enteramente imposible de zumbante vida por encima de su cabeza, de millones de corazones latientes.

Era suficiente para asustarle seriamente. —Estás inusualmente callado, joven compañero —Keets se puso a su lado.

—Todo esto parece tan... pesado —dijo Trever.

— ¿Te refieres a todo por encima de tu cabeza? —rió Keets—. Sí, ya veo lo que quieres decir. Es algo opresivo.

— ¿Y quién vive aquí abajo? —preguntó.

Keets se encogió de hombros. —Inmigrantes de otros mundos, esos que vinieron aquí esperando hacer las cosas mejor. Esos que perdieron todo, esos que no tienen otro sitio donde ir. Sólo criaturas vivas, intentando vivir. Y aquellos que les dan caza.

—Y esos que buscan el maravilloso mundo de Solace —dijo Trever.

Keets rió. Entonces, repentinamente se acercó y empujó a Trever con fuerza. Trever cayó al duro suelo.

—Oye, qué...

Entonces los vio. La banda se había materializado, aparentemente por arte de magia, pero Trever ahora veía el estrecho pasaje que desembocaba en el camino arqueado. Keets le había apartado de un dardo aturdidor justo a tiempo. Trever alzó la vista y vio que Oryon ya había cogido el bláster ligero de repetición de la pistolera de la espalda. Keets tenía una pistola láser en su mano. Trever vio los rayos de fuego láser en la oscuridad, una cortina de fuego estable, mientras la banda avanzaba. Había al menos quince de ellos, cada uno con una apariencia más brutal que el resto.

Ferus ya estaba corriendo, con su sable láser balanceándose en un arco continuamente en movimiento. Los atacantes quedaron claramente alarmados por la ferocidad y el poder que exhibía, sin mencionar el fuego láser que repentinamente volvió hacia ellos. Siguieron disparando mientras se retiraban, gritando maldiciones a Ferus y prometiendo matarle.

Oryon y Hume mantuvieron la posición en el flanco de Ferus, cada uno de ellos disparando sus armas. Keets y Rhya estaban ligeramente rezagados, mientras Gilly y

Spence se separaron y comenzaron a perseguir a la banda mientras dejaban de disparar y escapaban.

Trever comenzó a ponerse en pie. Las fisuras y las grietas eran más anchas allí, y su pie quedó atrapado en una grieta cuando se movió. Molesto, trató de sacarlo, pero estaba atascado. Trever se agachó para ver de cerca la grieta.

Una cola gruesa y escamosa se había enroscado alrededor de su tobillo.

Trever dio un grito de sorpresa y trató de sacar su pierna. La criatura enrolló otro pedazo alrededor de su tobillo y tiró con fuerza. Trató de darle una patada, pero eso sólo lo apretó más fuerte.

— ¡Ferus! —llamó Trever. Pero Ferus estaba por delante, con Rhya y Hume, y no le oyó.

Miró hacia abajo de nuevo, y esta vez vio el ojo mortal de la criatura con la mirada fija en él. No creía que el concepto de misericordia existiese en el universo de esa criatura.

Dio un tirón repentino, y Trever se hundió en la grieta hasta las caderas. Ahora su otra pierna estaba colgando dentro de la grieta, y desechó la pregunta de si esta criatura tendría un compañero. Pateó y se contorsionó, golpeando ahora a la criatura con un puño mientras con la otra mano intentaba encontrar algo, cualquier cosa, en su cinturón de utilidades.

Trever sintió los contornos familiares de una carga alfa.

Sus dedos tantearon mientras trataba de ajustar la carga. Logró hacerlo, pero la criatura tiró fuertemente, y la carga salió rodando de sus dedos y cayó en la negrura. En el destello de luz vio un cuerpo de reptil con escamas que parecían duracreto. La boca de la criatura parecía ser lo suficientemente fuerte como para romperle en dos.

Repentinamente algo pasó silbando por su oreja. Captó el destello de un vibrocuchillo mientras giraba a través del aire hacia un blanco perfecto en la cola. Se hundió hasta la empuñadura. La gruesa cola se soltó repentinamente, y Trever escuchó el sonido de la criatura marchándose reptando.

—Babosa de Duracreto —dijo Keets, tendiéndole una mano e izándole—. Aproximadamente de diez metros de largo, por su apariencia. Excavan en la piedra. Mejor estar alerta.

—Gracias por la advertencia —Trever se sacudió el polvo de los pantalones.

Ferus llegó corriendo. — ¿Qué ha pasado?

—No mucho. Casi fui estrangulado por una babosa enorme. Nada por lo que debas preocuparte —dijo Trever. No sabía por qué se sentía tan irritado porque Ferus no le hubiese salvado. Ferus había estado caminando más adelante, sin preocuparse por Trever en absoluto.

—Oye, lo siento. Gracias —le dijo Ferus a Keets.

—Claro. Me debes un vibrocuchillo —Keets sonrió abiertamente, sus dientes blancos entre la suciedad que le cubría la cara.

—Encontramos un lugar que podría darnos alguna información —dijo Ferus.

Los demás se habían detenido delante de dos columnas de piedra medio desmoronadas. Un chisporroteante cartel de luces láser decía: LA POSADA DEL SUBMUNDO. Lo observaron mientras Ferus, Trever, y Keets se acercaban.

—No es tu establecimiento de mejor categoría —dijo Rhya.

—Necesitamos una cama para pasar la noche —dijo Ferus.

—Y donde hay camas, hay bebida —dijo Keets—. Y donde hay bebida, hay rumores.

—Hagamos la prueba —dijo Ferus—. Pero mantener vuestras armas cerca.

Empujaron la puerta de piedra. Entraron en un gran espacio circular formado por arcos de altura imponente. El suelo y el techo de piedra hicieron eco de sus pasos. Enormes gárgolas alienígenas les observaban sobre sus cabezas con lo que parecían ser maliciosas intenciones.

—Hogareño —comentó Hume.

Se acercaron a un pequeño escritorio maltrecho que era empedregado por sus alrededores. Un dependiente se sentaba detrás, profundamente dormido. Ferus se aclaró la garganta, pero no se movió.

Oryon golpeó el mango de su rifle láser en el escritorio, y el dependiente se despertó sobresaltado. — ¡Fuego! —gritó.

—Nada de fuego —dijo Ferus—. Sólo algunos clientes.

—Oh —el dependiente se enderezó—. Ah, sólo tenemos un par de habitaciones disponibles. Tendréis que compartirlas.

—Bien.

—Coste extra por toallas y agua.

— ¿Extra por el agua?

—Es difícil conseguir agua aquí abajo.

—Está bien, está bien.

Ferus estaba a punto de sacar sus documentos falsos de identidad, pero el dependiente agitó una mano para descartarlo.

—Sólo créditos. No necesitamos documentos de identidad.

—Pensaba que era la ley.

El dependiente alzó una ceja, como si Ferus fuese un nuevo recluta en un ejército muy viejo—. Aquí abajo no hay ley. Si aún no has descubierto eso, lo siento por ti.

Pagaron los créditos, y entonces Hume preguntó —Tenemos algunas gargantas secas por aquí. ¿Alguna recomendación?

El dependiente encogió un hombro en dirección a un umbral.

Abrieron la puerta y entraron. La cantina era pequeña pero el techo era alto, lanzando profundas sombras por todo el espacio. Para sorpresa de Ferus, el lugar estaba casi lleno. Humanoides y otras criaturas sentadas en la barra o en mesas pequeñas que abrazaban las sombras. Las armas eran exhibidas claramente en las mesas.

—Me recuerda a un lugar al que solía ir en la Ciudad Galáctica llamado 'Dor, sólo que peor —comentó Keets.

Ferus asintió. Había estado en 'Dor con Siri, como un Pádawan que había intentado muy duro no ser intimidado por la atmósfera. Los desechos de la galaxia iban allí a beber, comprar o vender información, y contratar a los cazarrecompensas. Una vez se había llamado el Esplendor hasta que la mayor parte de sus letras láser habían sufrido un cortocircuito, y todo el mundo simplemente lo llamaba 'Dor.

—Diría que deberíamos tomar asiento —aconsejó Hume—. Estamos atrayendo algo de atención aquí.

—No es algo malo necesariamente —dijo Oryon—. Podría conseguirnos algunas respuestas.

Se sentaron alrededor de varias mesas pequeñas y encargaron bebidas y comida. Vieron que estaban siendo observados. Ferus tomó un pequeño sorbo de su bebida, luego se levantó y se la llevó hacia la barra para ver si alguien estaba de humor para charlar. Mientras tanto, Keets entabló conversación con la mesa al lado.

Comieron la comida, acabaron cuatro teteras y hablaron con casi todas las personas del bar, pero nadie fue capaz de obtener direcciones hacia Solace. Todo el mundo había oído hablar de eso, pero nadie sabía dónde estaba. Finalmente, la cantina se despejó y tuvieron que reconocer la derrota. Trever se había estado sintiendo adormilado durante algún tiempo. Bostezó.

—Podríamos dormir un poco —dijo Ferus.

El cuarto era grande, con jergones, un baño y un lavabo que echaba agua amarilla. Los jergones eran simplemente tablas con una manta por encima. No era la cama más incómoda en la que Ferus había dormido, pero definitivamente estaba entre las diez primeras.

—Se giró sobre un lado y vio el pelo desgreñado de Trever sobresaliendo de su manta. Se sentía mal por no ser el que ayudó a Trever antes. Se había asegurado de que Trever estaba a salvo durante la batalla, luego se concentró en sus atacantes. Había oído el grito de Trever, pero cuando él había echado a correr, Keets estaba ya allí.

No podía estar allí para él todo el tiempo. O eso trataba de decirse a sí mismo.

No sabía dónde empezaba o acababa su responsabilidad con el niño. Sabía, por supuesto, que Trever apenas era tan autosuficiente como hacía ver. Si bien el chico había vivido por sí mismo durante años, ocasionalmente necesitaba de guía, alguien que velara por él.

¿Era ese su trabajo?

Si todavía fuese un Jedi, si la galaxia no hubiese cambiado, sería lo suficientemente mayor para tener un Pádawan. Pero Trever no era su Pádawan. Ferus no tenía la conexión con él que tendría un Maestro Jedi. No tenía la conexión que había tenido con Siri. Le perdía la pista ocasionalmente. Y no podía decir lo que estaba pensando o sintiendo.

Era mejor que partieran, que encontrase un refugio para Trever así él podría crecer sano y seguro. Incluso amado, si eso era posible.

Porque Ferus simplemente continuaría enterrándolos más profundo en complicaciones y peligro. No era justo para Trever. Hoy había sido una babosa del duracreto de diez metros. ¿Pero qué traería mañana traería, y pasado mañana?

Con esos pensamientos inquietantes, Ferus se sintió a sí mismo resbalando hacia el sueño. La suave respiración en el cuarto le dijo que los demás habían sucumbido, a pesar de las camas duras y planas.

Repentinamente escuchó un ruido. Ferus puso la mano sobre su sable láser, pero pronto vio que era Trever, gateando hacia él lentamente para no despertar a los demás.

Se detuvo a lado de la cabecera del jergón, con los ojos brillando.

—Sé donde encontrar Solace —dijo.

CAPÍTULO ONCE

—Fue cuando la babosa comenzó a tirar de...

—Trever, siento que...

—Basta de revolcarse en culpabilidad, Feri-Wan, intento decirte algo. Dejé caer una carga alfa y cuando explotó, la luz me mostró algo. Más que un depredador de diez pies mordisqueando mi tobillo, me refiero. Hay algo allá abajo.

—¿Algo?

—Algo más que un nido de babosas del duracreto. Estaba pensando en eso. Hubo un destello de luz... como si hubiese metal o algo por el estilo, o agua. No estoy seguro, pero era como si hubiese... espacio. Como una habitación. O algo por el estilo. Es sólo que... ¿recuerdas cuando alguno de los rumores decía debajo de la corteza?

Ferus no tuvo que preguntar si Trever estaba seguro. Confiaba en las percepciones de este chico.

—Despertaré a los demás. Vamos.

Era ahora lo que muchos llamaban las horas vacías. Demasiado tarde incluso para esos que caminaban por estas peligrosas áreas de noche, demasiado pronto para esos que se levantaban antes del amanecer. Se mantuvieron unidos mientras avanzaban.

Trever condujo a un bostezante Keets y a los demás hacia el lugar donde la babosa del duracreto había intentado tirar de él a través de la grieta. Ferus se inclinó y encendió una barra luminosa para ver el espacio. No podía asegurarlo, pero pensaba que Trever tenía razón... había algo allí abajo.

—Creo que puedo caber —dijo Ferus—. Dejadme bajar, y si veo algo, os llamaré.

Keets se apoyó contra una columna y bostezó. —Tómame tu tiempo.

Ferus se introdujo por la abertura. Vio que había un muro medio desmoronado una vez que llegó abajo. Estaba profundamente erosionado con las huellas de una babosa, pero eso le dio puntos de apoyo para pies y manos. Para su sorpresa, Trever comenzó a descender detrás de él.

—Quédate allí arriba —le dijo Ferus.

—De eso nada. Yo encontré este lugar, así que voy.

Ferus sabía que discutir sería malgastar el aliento. Continuó descendiendo lentamente. Saltó los últimos metros. Sus botas golpearon tierra firme. Trever saltó al su lado un momento después. Alzó una barra luminosa sobre su cabeza para iluminarse.

Ferus podía ver ahora que estaban en un túnel.

Bloques gigantes de piedra formaban las paredes y el techo. El suelo estaba profundamente acanalado y podía ver los remanentes de maquinaria sepultada en las huellas.

—Eso es lo que viste brillar —le dijo a Trever—. Debió ser algún tipo de sistema de transporte.

Gritó a los demás que el camino estaba despejado, y comenzaron a descender, uno tras otro.

Hume evitó un charco amarillo llena de vapor que soltaba un olor rancio. —Cuidado —dijo—. Parece a algún vertido tóxico aquí abajo.

—El sistema debía ser primitivo —dijo Rhya—. Usaron raíles para el transporte.

Keets miró hacia arriba. —Todavía hay conductos en el techo. Me pregunto donde llevarán.

—Seguro que no se parece a Solace —dijo Hume—. Pero el túnel podría llevarnos allí.

Ferus oyó un susurro por encima. Esa fue su única advertencia cuando una forma negra descendió repentinamente del techo sobre su camino.

No tenía tiempo de coger su sable láser oculto en su capa. Así de rápida era la criatura.

Era un ser pequeño, con músculos compactos, y levaba puesto un casco ajustado sobre sus rasgos. Su cintura estaba apretadamente cinchada con un cinturón que portaba una variedad de armas. Sin embargo, no asumió una postura amenazadora. Parecía casual mientras les miraba acercarse, todos los Borrados alzaron sus armas y le apuntaron a él.

—Mencionasteis Solace —dijo.

Ferus asintió, observándole precavidamente. —Queremos ir allí.

Gilly y Spence se movieron hasta la parte posterior del hombre, y Keets, Oryon, Hume, y Rhya se movieron aun más cerca. El intruso no parecía aturdido en absoluto.

—Puedo llevaros —dijo—. Os costará.

—¿Por qué deberíamos confiar en ti? —preguntó Trever.

—Porque vuestras opciones están limitadas aquí en la corteza —contestó—. O lo encontraréis vosotros mismos, o me usáis.

—¿Cómo sabemos que puedes encontrarlo? —preguntó Keets.

—Porque he estado allí. Soy el único que ha estado allí y ha regresado.

Sabía que parte de lo que decía era cierto. Habían oído de esos que habían ido a Solace, pero nunca habían oído de uno que hubiese regresado.

—Tendrás que hacerlo mejor que eso —dijo Ferus.

—Lo que muchos no saben es que hace mucho tiempo, antes que Coruscant fuese una ciudad-mundo, tenía vastos océanos —dijo el intruso—. Los océanos fueron drenados y bombeados en cavernas debajo de la corteza. Ahí es donde encontraréis Solace.

Los demás intercambiaron miradas. Sonaba real para ellos. Tenía sentido. Por eso era seguro, por eso incluso el Imperio tenía problemas en encontrarlo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ferus.

—Simplemente llamadme Guía —contestó el intruso—. Deje mi nombre atrás hace mucho tiempo. Como vosotros, he borrado todos los rastros de mi pasado.

Algo no encaja aquí, pensó Ferus. Había algo raro en Guía. Pero de todas formas, había algo raro en todo el mundo aquí abajo.

Guía tenía razón. No tenían mucha elección. Era la única pista que habían encontrado desde que empezaron. Lentamente, Ferus asintió.

—Llévanos allí —dijo.

CAPÍTULO DOCE

Guía alzó una barra luminosa. —Es mejor mantenerse cerca aquí abajo. Vigilad por si aparecen babosas del duracreto. Son especialmente agresivas.

—Creo que ya hemos sido presentados —murmuró Trever.

Se mantuvieron en el centro del túnel mientras caminaban. Las paredes chorreaban humedad. Ocasionalmente pasaban un hediondo charco tóxico, resplandeciendo extrañamente en la oscuridad. Escucharon ruidos reptantes, pero no apareció ninguna criatura.

—Las ciudades originales de Coruscant se construyeron en la corteza, siglos atrás —explicó Guía mientras caminaban—. La mayor parte de la infraestructura todavía está bajo el suelo. La mayor parte de los conductos de agua y los túneles de energía han sido excavados, pero había un sistema de transporte de personas que funcionaba con alguna clase de motor primitivo que se conectaba con una vía en el suelo. Estos túneles se construyeron con bloques de piedra, y alguno está todavía intacto. Más tarde se acostumbraron a bombear los océanos a las cavernas. Allí es donde vamos.

Caminaron hasta que perdieron el sentido de dónde estaban y si era de día o de la noche por encima de ellos. Ferus comenzó a sentir la falta de sueño y la comida decente. Siguió adelante.

Repentinamente escuchó el eco de agua chapoteando. Guía se detuvo—. El agua se hará más profunda, pero llegaremos a las pasarelas que nos llevarán por encima de ella.

Pronto nadaron a través de agua que les llegaba a la altura del tobillo. Adelante vio una escalera tosca, y mientras Ferus seguía las escaleras con la mirada vio que conectaban con una serie de plataformas y más escaleras. Cuando Guía alcanzó las escaleras, comenzó a trepar.

Treparon de plataforma en plataforma en la oscuridad. Ferus no sabía cuán profunda estaba el agua debajo de ellos, pero podía sentirlo: Era casi como si todavía tuviese mareas, pues parecía rugir y retirarse como si se moviera constantemente. Él no podía verlo, sólo podía olerlo y ahora oírlo.

Oyeron una salpicadura y miraron por el borde. Muy por debajo sólo podían divisar una enorme criatura marina girando y deslizándose bajo el agua otra vez.

—Oh, sí —dijo Guía—. Debería advertiros, no os caigáis.

El andamiaje se abrió repentinamente en un espacio ancho que ocupaba la anchura de la caverna. Las tablas de plastoide y madera estaban colocadas en un patrón. Las estructuras se habían construido en campamentos circulares separados que se conectaban unas con otras a través de pasarelas de metal. Era como una pequeña ciudad.

En varias estructuras Ferus vio encenderse luces. Quienquiera que estuviera dentro estaba despertando.

Guía alzó un pequeño dispositivo, y sonó un ruido electrónico.

Los ciudadanos empezaron a emerger de las estructuras. Eran de muchos mundos, y todos estaban armados. Lentamente avanzaron hacia Guía.

Los Borrados se encontraron apiñados en un pequeño grupo mientras los colonos les rodeaban.

Ferus empezó a sentirse intranquilo. Estaban completamente rodeados. Excedidos en número.

Se inició un murmullo, algunas palabras pasando de ser a ser. Guía alzó una mano pidiendo silencio.

—Os los he traído de arriba —dijo.

Después, repentinamente giró sobre sus talones y se fusionó con la muchedumbre. —Ahora son vuestros.

La muchedumbre comenzó a acercarse. Ferus, Trever, y los Borrados retrocedieron. Pero no había ningún lugar a donde ir. Sólo la delgada barandilla de la pasarela, y la larga caída hasta el negro océano.

CAPÍTULO TRECE

No era como si no lo hubiese visto llegar desde un kilómetro. Ferus se había decantado porque Guía les traicionaría. Habría sido estúpido de no esperarlo.

Pero resultó que fue engañado de todas formas. Había pensado que Guía podría conducirlos a algún tipo de emboscada. No esperaba que la emboscada viniera de los miembros de Solace.

—Solace cuida de nosotros —dijo una mujer.

—Solace nos trae lo que necesitamos —dijo alguien.

Estaban hablando de Guía, se dio cuenta Ferus. Solace no era un lugar...era una persona.

Así era cómo sobrevivían. Eran carroñeros. Propagaban el rumor de Solace arriba, y cuando Guía traía un grupo, les robaban y usaban sus créditos o artículos de valor para comprar suministros. Estaba todo dolorosamente claro.

Sintió el apoyo estable de Keets, Oryon, y los otros a su lado. Los dedos de Trever parecían estar enganchados en su cinturón, pero Ferus sabía que buscaba un pequeño artefacto explosivo. Tal vez una granada de humo.

La primera línea de colonos cargó. Trever lanzó la granada, y el humo se dirigió hacia sus asaltantes. Al mismo tiempo, Ferus sacó a su sable láser, listo para devolver los rayos láser que estaba seguro se dirigirían hacia él.

Vio a alguien dando un salto mortal a través del humo y el aire, y mantuvo su sable láser preparado. — ¡Esperad!

La orden vino de Solace, quien aterrizó directamente delante del grupo. Todo el mundo se paralizó.

Caminó hacia delante. Estaba todo tan tranquilo que podían oír sus botas sobre el pasillo.

Se acercó a Ferus, tan cerca que la brillante punta del sable láser estaba a escasos milímetros de su pecho.

—Jedi —dijo.

—Desafortunadamente para ti, sí —dijo Ferus.

Solaz alzó la barra luminosa y examinó los rasgos de Ferus. —No del todo, creo.

— ¿No del todo qué? —No se suponía que tenían que mantener una conversación, se suponía que tenían que estar peleando, pero ciertamente no le importaba el retraso. Le daba más tiempo para buscar aberturas, avenidas de escapada, personas que parecían más competentes que otras, armas escondidas.

—Ya deberías haberlo averiguado, No del todo Jedi —dijo Solace—. Deberías haberlo averiguado en el momento en que llegaste.

— ¿Estás dándome lecciones?

—Obviamente, las necesitas. Pádawan.

Reconocidamente, los instintos de Ferus parecían fallarle en el peor momento. Pero de repente entendió lo que estaba fuera de lugar acerca de su guía, y lo que debería haber adivinado al principio.

—Eres Fy-Tor —dijo—. Eres un Jedi.

—Ya era hora —Su "guía" se quitó el casco lentamente. Ferus la reconoció. Fy-Tor había entonado su voz más profunda, se había movido de forma diferente, pero la conocía.

Estaba flaca, sus mejillas hundidas. La marca de su frente estaba todavía allí, pero era débil ahora, un tatuaje descolorido. Se había afeitado su oscuro cabello, pero sus ojos azules todavía eran penetrantes.

Alzó una mano.

—Estos no son para vosotros —dijo en voz alta a los colonos—. Dispersaos.

La muchedumbre se disolvió, excepto por un hombre que permaneció unos pocos pasos detrás de ella. Sus manos descansaban sobre su grueso cinturón de utilidades como si estuviera preparado para defender a Fy-Tor de un momento a otro.

Ella le habló sin girarse. —Donal. ¿Puedes conseguir algo de comida para los compañeros de Ferus? Han estado caminando la mayor parte de la noche.

—Por supuesto.

—Nadie os hará daño ahora —les dijo ella.

Los Borrados se movieron, pero Trever se quedó tercamente al lado de Ferus.

Fy-Tor alzó una ceja. —¿Tu aprendiz?

—Yo no diría eso —dijo Ferus.

—Yo tampoco —dijo Trever.

—Hemos estado buscándote, Fy-Tor —continuó Ferus.

Ella alzó una mano. —No uses ese nombre. Lo he dejado atrás. Ahora soy Solace. Tú dejaste la Orden Jedi. Alguna clase de riña entre Pádawans, oí.

¿Una riña? Ferus recordó las profundidades de su pena, su culpabilidad. —Difícilmente una riña.

—Eso dices tú. ¿Dónde encontraste ese sable láser?

—Fue un regalo de Garen Muln. El Jedi que dejaste en la caverna de Ilum. El que dijiste que regresarías a por él.

—Lo intenté.

—Eso dices tú.

Se miraron cara a cara, casi adversarios ahora. Ferus no sabía cómo ocurrió, pero había pasado. No se echaría atrás, aunque podía decir que ella lo esperaba. Bien porque todavía pensaba en él como un Pádawan, o bien porque estaba acostumbrada al sometimiento de los colonos. Eso era aparente por la forma en la que daba órdenes, la forma en la que esperaba que ellos se movieran cuando les decía que lo hicieran.

—Veo que empezamos bien —dijo ella—. Ven, Olin, sentémonos y podrás contarme por qué me estabas buscando. Entra en mi oficina.

Ella se sentó a horcajadas sobre un banco modelado de lo que parecía ser un asiento rescatado de un deslizador. Ferus se sentó, también. Trever se dejó caer en el suelo. La expresión en su cara era cautelosa; no confiaba en Solace aún. Ni tampoco Ferus. La reunión que él había imaginado que tendría lugar había estado llena de alivio y emoción, el núcleo de la comprensión entre Jedi. Esto ni siquiera se acercaba. Solace era difícil de leer para él, y ella parecía no tener deseos de conectar, de Jedi a Jedi. En lugar de eso, hasta ahora había aprovechado cada oportunidad para recordarle que él no era uno.

—Sé de otro Jedi que está vivo, además de Garen —dijo Ferus. Aunque Obi-Wan le había dado permiso para decirles a otros Jedi que estaba vivo, Ferus eligió esperar con los detalles hasta que estuviese seguro de cómo era Solace. Todavía estaba molesto por el hecho de que les había traído aquí y luego había dado la espalda indiferentemente a su destino. Lo que fuere que le había ocurrido la había empujado muy lejos del camino Jedi.

—Está en el exilio, pero Garen y yo hemos establecido una base secreta para cualquier Jedi que pueda encontrar. Si nos reunimos de nuevo, podemos hacernos más fuertes.

Solace consideró esto. —¿Hablas en serio? ¿Vas a viajar a través de la galaxia, recogiendo Jedi perdidos, los cuales puede que ni siquiera existan, y llevarlos a algún campamento? —soltó una carcajada—. ¡No cuentes conmigo!

—Si nos mantenemos juntos, seremos más capaces de pelear llegado el momento.

Solace sacudió la cabeza. —La galaxia está controlada por los Sith. Ellos nos han matado a todos. Tu plan está condenado, Ferus, y no quiero tomar parte en él —abrió sus brazos—. Aquí tengo todo lo que necesito.

—Seres que te adoran —dijo Ferus—. Sí, puedo ver que tienes toda la atención y el servicio que puedes desear.

Ella se negó a dejarse ofender. —¿Qué hay de malo en eso? —preguntó—. He cogido a esos a los que el Imperio habría aplastado como gusanos y les he dado un lugar seguro para vivir. ¿Qué te hace pensar que tu plan es mucho mejor que el mío?

—Nos destruyeron —dijo Ferus tranquilamente—. Traicionados. Incluso nuestros jóvenes aprendices fueron asesinados. ¿Qué te hace tan indiferente a eso?

Solace apartó la mirada, mirando a través de la rejilla hacia el océano. —Esos fueron días negros, y prefiero no volverlos a visitar.

—Algún día podemos levantarnos contra ellos —dijo Ferus—. Creo en eso con todo mi corazón. Y si puedo ayudar de cualquier forma por pequeña que sea, protegiendo incluso a un Jedi, entonces lo haré.

—Que la Fuerza te acompañe, entonces —dijo Solace—. Pero yo no voy a ninguna parte. Aquí tengo un buen trato. Trabajo ocasionalmente como cazarecompensas para financiar este lugar. Está lleno de seres en los que confío. El Imperio no sabe dónde encontrarme. Ni siquiera sabe que estoy viva.

—Me temo que lo saben —dijo Ferus—. Trever y yo nos colamos en el Templo y oímos hablar al Inquisidor Malorum con Darth Vader. Vader sabe que estás viva, aunque no parece importarle mucho. Él es un Sith.

—Hay siempre dos —dijo ella—. No sabía quiénes eran, pero por supuesto esto tiene sentido.

—Malorum sabe que estás viva, también. Planea retomar los subniveles de Coruscant, para dirigirse hasta la corteza. Por eso los Borrados bajaron aquí, para ver si estarían seguros. Pero Malorum también mencionó que había plantado un espía cerca de ti.

—¿Un espía? ¿Aquí? No lo creo.

—No sé si es cierto, sólo te digo lo que oí. Pudo haber intentado impresionar a Vader —Ferus esperó una pulsación—. ¿Pero puedes correr el riesgo?

Solace no contestó.

Ferus se inclinó más cerca. —Han conservado los sables láser.

Solace alzó la mirada.

—Cientos de ellos. Tal vez más. De los Jedi que mataron.

Ella juntó sus manos y se inclinó hacia adelante, descansando su frente en ellas.

—Están yaciendo en una de las salas de almacenamiento, acumulando polvo.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó ella.

—Sólo estoy aquí para encontrar a un Jedi.

Ella tomó aliento, después levantó la cabeza. —Deberíamos volver al Templo.

Ferus no esperaba esto. —¿Qué?

—Entraremos y descubriremos lo que están planeando, para los colonos aquí y para los Borrados.

—No creo que podamos —dijo Ferus—. La seguridad habrá sido reforzada.

—Robaremos los sables láser. Si, como dices, hay más Jedi vivos, tendremos sables láser para todo un ejército, si lo necesitamos. En todo caso, puedes esconderlos. No deberían yacer con los Sith —su cara se endureció—. Es una... profanación.

—Estoy de acuerdo, pero...

—Y descubriré quién es el espía, si hay uno. Hay demasiado en juego. Podemos salir inmediatamente.

—Solace, ¿no tendría más sentido abandonar este lugar y dejar Coruscant por completo? Incluso si no quieres venir al asteroide, la galaxia es un lugar enorme. Puedes encontrar algún lugar para esconderte.

—Estoy cansado de huir. Me han conducido aquí. Aquí es donde me quedo.

—Dejamos el Templo algunos días atrás. No creo que sea posible entrar y salir ahora. Y mucho menos atravesarlo una vez que estemos dentro. Estarán en la alerta máxima.

—Doble alerta roja máxima —intervino Trever.

—¿Cómo entrasteis? —preguntó Solace. Su cara estaba atenta. Ferus vio que ella ya había tomado una decisión.

—A través de una de las torres, después bajamos a través del túnel de servicio hasta el edificio principal.

—La forma más difícil.

—No dije que fuese fácil.

—¿Por qué no fuisteis a través del eje del turboascensor de suministros a lo largo de la pared sudeste?

—No hay eje de turboascensor de suministros en ese lado.

—Por supuesto, no estás al tanto... se construyó durante las Guerras Clon. Teníamos tantos pilotos más, tantos artefactos que mover de un lado al otro por el hangar. El eje principal corre verticalmente desde las áreas de almacenamiento y luego se conecta a un eje horizontal que va hasta las habitaciones. ¿Estaba destruida esa parte del Templo?

—No, estaba dañada, pero la mayor parte seguía intacta.

Solace metió la mano en su cinturón y sacó un pequeño dispositivo. Envío un mapa holografo girando en el aire. Era un esquema del Templo.

Ella señaló. —¿Ves? El eje está aquí y corre desde la base del edificio. Puedes conectar con el eje horizontal aquí. Después esto conecta con el eje principal del turboascensor del capitel.

—El capitel está dañado.

—Lo sé, pero no tiene importancia. Probablemente no usan este turboascensor. No hay razón para que lo hagan, principalmente prestaba servicio a las habitaciones y el hangar. ¿Dónde está Malorum?

—En lo que solía ser el cuarto de Yoda.

—Luego su oficina está aquí. Está a poca distancia del eje.

Ferus sintió acelerar su sangre. ¿Era eso posible? Pero negó con la cabeza. —Incluso si pudiésemos usar el nuevo turboascensor, ¿cómo entraremos?

—Tengo una forma. A diferencia de la mayor parte de los edificios en ese nivel, el Templo se construyó hundiendo los pilares en la corteza. He encontrado esos pilares. Podemos seguirlos hasta la base. Entonces podemos colarnos directamente en el nuevo eje del turboascensor.

— ¿A través del suelo?

—Tendríamos que volarlo —dijo Trever—. Estarían sobre nosotros en segundos.

—No, tengo otra manera —Solace se puso en pie—. Dejad que os lo muestre.

Estaban de pie ante una pequeña nave de dos personas. Era la cosa más extraña que Ferus había visto nunca. Se parecía a un CRA-170 con el morro achatado. Los dispositivos que no reconocía estaban colocados en el casco.

—Puedo ver que es un vehículo, pero no puedo reconocerlo. Parece como si pudiera ser un interceptor, pero...

Solace sonrió. —Comencé con un armazón y lo creé yo. Es uno híbrido, un caza con capacidad de excavación. Compré la tuneladora y quité los cohetes de plasma. Los monté debajo. Tuve que quitar los escudos y los cañones láser, así que perdí cierta capacidad defensiva y ofensiva, pero sigue siendo rápido. La nave puede atravesar roca sólida. Puede pasar a través de la base del Templo, os lo prometo.

—Pero ¿por qué lo construiste en primer lugar? —preguntó Ferus.

—Vivo bajo la corteza. Necesito una estrategia de la salida. Entonces, ¿qué decís? Yo voy. ¿Os apuntáis o no?

Ferus miró a Trever. Podía ser temerario, pero podría ser brillante. Podrían robar los sables láser. Podrían asaltar los archivos de Malorum. Él podría encontrar lo que Malorum había descubierto sobre Polis Massa. Podría encontrar la manera de detenerle, llegando hasta el final en su promesa con Obi-Wan. Ésta podría ser su única oportunidad.

—Me apunto —dijo.

CAPÍTULO CATORCE

—No vas a ir sin mí —dijo Trever.

La expresión de Ferus decía claramente otra vez no. Pero a Trever no le importaba. No iban a dejarle atrás. Ya le habían dejado antes atrás. Su madre, su padre, su hermano. Todas las veces, habían dicho: Es demasiado peligroso. Aquí estarás a salvo.

Todas las veces dijeron: Volveré.

—Es una nave para dos personas —dijo Ferus—. No hay espacio. Volveré...

— ¡No! No digas eso —le advirtió Trever—. Simplemente... no lo digas. Puedo ayudar. He estado en el Templo. Soy pequeño, puedo meterme en espacios reducidos. Y necesitarás alguna experticia con explosivos.

Solace le miró dudosamente, y él se encrespó.

—He utilizado mitad y un cuarto de cargas alfa, y he hecho mis propias mini-explosiones —dijo Trever—. Sin ruido, sin humo, sólo una dulce entrada dondequiera que queráis ir.

Solace miró a Ferus.

—Trever ha tenido una historia interesante —dijo él.

—Si sacamos el juego de herramientas, podrías caber detrás del asiento —Solace miró a Ferus—. El niño puede cuidar de sí mismo. Tú también podías, a su edad. Así que relájate.

—Ferus no sabe el significado de esa palabra —dijo Trever.

Solace y Trever se rieron, y una parte de la presión que Ferus sentía dentro se relajó. Era bueno que se rieran de él otra vez. Eso parecía amistad.

Hume, Rhya, Keets, Oryon, Curran, Gilly, y Spence estaban sentados en una mesa moldeada de una tabla de permacreto sostenida por algunas piernas de un viejo droide de protocolo. Ferus se acercó a ellos y se sentó.

—Me marchó. Solace os ofrece un lugar seguro aquí. Su asistente Donal cuidará de vosotros. No creo que esté fuera mucho tiempo. Solace, Trever y yo hemos decidido colarnos en el Templo otra vez. Esta vez, voy a echar un vistazo a los archivos y ver exactamente qué planea Malorum. A menos que vayamos, este lugar no estará a salvo.

—Iremos con vosotros —dijo Hume.

—No. Primero de todo, no hay espacio. Y segundo... bueno, vinisteis conmigo para encontrar Solace, y usted lo encontrasteis. Ésta es mi batalla.

Ferus se puso en pie. Miró a cada uno de ellos. Habían estado juntos sólo un corto tiempo, pero se sentía unido a ellos, unido a su lucha por seguir vivos.

Fue Curran quien habló, usando las palabras de los Svivreni. En su mundo, se consideraba mala suerte decir adiós.

—El viaje comienza —dijo Curran suavemente—. Así que ve.

Cuando Ferus regresó, encontró que Solace ya había hecho las comprobaciones previas. Trever se había metido en el espacio detrás del asiento. Ferus se deslizó en el asiento de pasajeros directamente detrás de Solace. El vehículo era tan pequeño que maniobraron fácilmente a través de la caverna y se introdujeron en el túnel subterráneo.

—He explorado todos los túneles de aquí abajo —dijo Solace—. Hay más que de los que os he hablado. Me llevó meses reunir todas las partes de este vehículo y construirlo.

Pilotó a través del túnel, colocando el vehículo lateralmente cuando tenía que hacerlo. Entonces pasó a través de una grieta enorme en el techo y entraron en la vía principal de la vieja ciudad de la corteza. Zumbaron a través del lugar vacío.

—Las columnas del Templo estaban hundidas cerca de los almacenes técnicos —continuó Solace—. Fueron difíciles de encontrar porque los vertederos se construyeron a su alrededor aproximadamente un siglo después.

Después de maniobrar durante casi una hora, el vehículo se sumergió en un gran vertedero de basura humeante amontonada a cientos de metros de altura. Solace navegó por el lugar, virando alrededor de los montones. Por fin vieron una gruesa columna delante, y después otra, y otra. —Allí están los cimientos. Aguantad.

Ahora estaban yendo directamente hacia arriba, pegados a la columna como ésta ascendía a través de los subniveles de Coruscant. Trever luchó contra el mareo. Estaba mirando hacia arriba por la carlinga de la cabina. Nivel tras nivel se abalanzaban sobre él, pisos, capiteles, muros, pasillos, luces, seres, coches nube, aerotaxis, plataformas de aterrizaje.

Les había costado tanto llegar a la corteza, y ahora todo retrocedía detrás de él tan rápidamente.

Los edificios se volvían más gruesos a su alrededor. Las luces se encendieron. El amanecer surgía por encima de ellos. Los deslizadores y los aerotaxis pasaban rápidamente por delante de ellos. Y todavía estaban debajo de la superficie.

Supo que estaban cerca cuando Solace redujo la velocidad. —Nuestra mejor opción es hacerlo rápidamente —dijo ella—. Entrar y salir.

Por encima de ellos Trever vio la base del macizo edificio del Templo. Incluso aquí abajo podía ver evidencia del daño, piedra ennegrecida y trozos perdidos, como si el edificio hubiese sido despedazado.

Lentamente navegaron alrededor de la base, buscando el lugar que Solace andaba buscando. Ella situó el morro de la nave contra el muro. Un ruido zumbante comenzó a sonar, y los cohetes de plasma comenzaron a cortar la base.

Una capa de polvo fino recubrió el parabrisas, pero Solace también había pensado en eso. Un dispositivo rotativo limpiaba el parabrisas cada pocos segundos, dejándoles completa visibilidad.

Los cohetes de plasma abrieron un agujero lo suficientemente grande para que pasara la nave. Volaron dentro y se encontraron directamente en el eje del turboascensor.

—Funcionó —exclamó Solace.

—Ojala no hubieses sonado tan sorprendida —comentó Ferus.

—Primero la oficina de Malorum. Después bajamos al almacén si no hemos sido descubiertos.

El vehículo subió por el eje, que luego se convirtió en un corredor horizontal del turboascensor. Ahora podían ver el propio turboascensor, sin uso, al final del eje. Más allá de él podían ver que el corredor había sido volado, una parte socavado. El turboascensor estaba parcialmente destruido.

Solace posó con delicadeza el vehículo sobre el suelo del eje. La carlinga de la cabina se echó hacia atrás, y uno por uno salieron fuera.

—Este puerta se abre al pasillo de servicio —dijo Solace en voz baja.

Ella y Ferus se colocaron junto a la puerta. Trever los observó. Algo estaba pasando entre ellos, y supuso que era la Fuerza. Él no podía sentirla, pero estaba empezando a reconocer su presencia, sólo por la tranquilidad que rodeaba a Ferus cuando accedía a ella. Entonces, sin decir una palabra, Ferus dio un paso hacia adelante y abrió un agujero en la puerta con su sable láser. Pasaron a través de ello.

El pasillo estaba vacío. Trever siguió detrás mientras los dos Jedi se movían rápida y silenciosamente. Casi tropezó con un cable conductor, pero se refrenó justo a tiempo. Comenzó a sudar al pensar en el ruido que habría hecho si se hubiese caído.

Entrar y salir, había dicho Solace. No atraer la atención.

Este pasillo había sido usado recientemente. Vio evidencia de marcas de arañazos a lo largo de los respiraderos de energía, como si hubiesen sido arrancados a la fuerza. ¿Estaba buscando el Imperio algo escondido en el Templo? Habían oído los mismos rumores que él sobre el tesoro guardado aquí. Por supuesto, según Ferus, Palpatine había iniciado los rumores, pero eso no quería decir que los oficiales Imperiales lo supieran.

¿Por qué había cable conductor en el suelo?

Ferus llegó a la entrada del pasillo principal.

Trever podía ver la puerta hasta de la oficina de Malorum. Estaba abierta. Podían oír el sonido de otros en el edificio, pero el pasillo estaba despejado.

Rápidamente cruzaron el pasillo y entraron en la oficina. Ferus se apresuro en llegar al escritorio.

—Los holoarchivos... han desaparecido. Como los datapads.

Solaz miró a su alrededor. —Lo han limpiado.

—Supongo que Vader quería tener a Malorum bajo sus narices.

—Ya no descubriré el nombre del espía —dijo Solaz disgustada.

Ferus frunció el ceño. Fue hacia la ventana y miró hacia afuera, manteniéndose fuera de la vista. —¿Dónde están las tropas? —se preguntó—. Este lugar estaba plagado de ellos cuando estuvimos aquí la última vez. Pensarías que habría muchas más.

—Algo va mal —dijo Solace—. Lo siento.

—Yo también lo siento.

—Encontremos los sables láser y salgamos de aquí —sugirió Solace.

Las luces se oscurecieron por un momento, luego volvieron a la normalidad. Era simplemente una interferencia, se dijo Trever a sí mismo. Pero algo le inquietaba. Algo que no tenía nada que ver con la Fuerza, y todo que ver con el Imperio.

El cable con el que casi había tropezado. Las marcas arañadas en los respiraderos de energía.

—Espera —dijo.

Sacó su servodestornillador y se acercó rápidamente al panel de energía. Lo desatornilló de la pared y miró dentro.

—Trever, ¿qué pasa?

—Fuga de energía —dijo—. Algo está absorbiendo la energía del generador del núcleo.

—¿Por qué?

—Puedo pensar en una única razón —dijo Trever—. Una versión de una bomba durmiente. Han conectado diferentes centrales eléctricas al mismo tiempo para alimentarla. Están absorbiendo la energía para crear la explosión. Han entrado en diferentes respiraderos de energía. Diría que querían conectar suficiente energía para volar todo el Templo.

—Es cosa de Malorum —dijo Ferus—. Por eso ha vaciado su oficina. Vader le dijo que lo hiciera, así que lo ha hecho. Aunque Vader no lo dijera en serio. Es la forma que tiene Malorum de deshonrar a Vader ante el Emperador. Puede afirmar que Vader dio la orden.

—¿Tienes alguna idea de cuándo podría explotar? —le preguntó Ferus a Trever.

—Es sólo una suposición —dijo Trever—. Pero si esa interferencia quiere decir lo que creo que quiere decir, puede que acabemos de pasar a la energía de reserva.

—¿Lo que significa que...? —preguntó Ferus.

—Lo que significa pronto. Minutos —Trever tragó saliva—. No tenemos tiempo de volver por donde vinimos.

—Podríamos salir por la entrada principal —dijo Solace—. Corramos el riesgo. Marchémonos del Templo y dejemos que se destruya.

—No puedo —dijo Ferus.

Solace asintió. —Yo tampoco.

CAPÍTULO QUINCE

Corrieron a través de los pasillos principales. No había tiempo para subterfugios.

Malorum y sus oficiales habían retirado a la mayor parte de los soldados de asalto, pero habían dejado droides de ataque para continuar las patrullas y prevenir interferencias por parte de intrusos. Ferus saltó hacia el primer grupo mientras éste se giraba para hacerles frente. Su sable láser se movió rápidamente mientras segaba a través de ellos desde un lado mientras Solace iba por el otro. Ella era todo movimiento y ninguno desaprovechado, su sable láser era un borrón. Ella era más rápida y mejor que Ferus y juntos destruyeron los droides en pocos segundos. Se reunieron en el centro y corrieron a través de la abertura que habían creado, con el humo alzándose a su alrededor. Trever pateó a través del metal caliente y les siguió.

Sabían dónde estaba el generador del núcleo central. La única opción que tenían era apagarlo antes de que la bomba estuviese completamente armada.

Sin confiar en los turboascensores, fueron escaleras abajo, saltando y dejando que Trever los alcanzase cuando tenían que detenerse para encargarse de más droides de ataque. Llegaron hasta la fuente de energía, una habitación blanca donde zumbaba el poderoso generador subterráneo. La luz de la energía de reserva estaba parpadeando.

—Aquí está la bomba —dijo Trever, acercándose a ella rápidamente—. No se molestaron en esconderla. Tendrás que desconectar el generador principal. Pero hazlo gradualmente, o eso podría detonar la bomba.

—Gracias por decírmelo —Ferus puso su atención en los controles del núcleo de energía. Sabía como hacer esto. Había hecho un curso personal de estudio para descubrir cómo funcionaba la infraestructura del Templo. Rápidamente, accedió al banco del ordenador de energía. Pasó por la serie necesaria de pasos para desconectar el sistema. Lo hizo lentamente, reduciendo la energía de cada subsistema de verde a amarillo y de amarillo a rojo.

Las luces parpadearon y se apagaron. Oyeron un suave suspiro cuando el sistema de aire se desconectó.

—¿Ahora qué? —preguntó Solace.

—Esperamos —dijo Trever—. Y confiemos en que no explotemos.

Solace alzó su sable láser, el cual emitía un suave resplandor azul. Trever sacó su barra luminosa. Los segundos pasaron. Miró el indicador de energía de la bomba. Lentamente, el indicador comenzó a moverse.

—Se está descargando —dijo—. No se armará —alzó la vista hacia Ferus—. Puedes destruirla. Está muerta.

Ferus descargó un golpe limpio a través de la bomba. El dispositivo se partió en dos mitades.

—¿Cuándo lo descubrirán? —preguntó Solace.

—Pronto —pronto Ferus—. Imagino que Malorum está cerca. Querrá verlo explotar.

—Le hemos detenido esta vez. Pero todo lo que tiene que hacer es colocar otra —dijo Trever.

—Creo que Vader se enterará y lo parará —dijo Ferus—. Esa es mi suposición, de todas formas. Las noticias le llegarán. Si el Emperador quisiese el Templo completamente

destruido lo habría ordenado. Quiere que permanezca. Es un símbolo para la galaxia: la ruina de la Orden Jedi. Pero para nosotros, es un símbolo de lo que podemos volver a ser.

—No sé si sigue siendo un símbolo de cualquier cosa —dijo Solace—. Sólo sé que fue mi hogar, y no quiero que ellos lo destruyan.

Salieron del centro de control de energía central y caminaron pasillo abajo otra vez. De repente oyeron el ruido de los soldados de asalto bajando por el pasillo. Delante, desde esta situación ventajosa, podían ver la entrada del Templo. Mientras miraban, las puertas se abrieron de golpe y los soldados de asalto entraron a raudales. Malorum iba a la cabeza. Podía escuchar su voz tronando, resonando por las altas paredes de piedra.

— ¡Encontradlos! —gritó.

Un mar blanco inundó el pasillo principal. Ellos giraron y corrieron. No podían hacer frente a este despliegue de fuerza. En cabeza, los droides buscadores comenzaron a desplegarse, yendo en su busca.

Corrieron por donde habían venido. Tenían que llegar a la nave de Solace. Era su única esperanza de escapar.

Perseguidos por droide buscador, corrieron pasillo abajo. Ferus saltó y se contorsionó, cortándolo en dos.

Podían escuchar a los soldados de asalto detrás de ellos, ahora corriendo. —Deben habernos detectado con vigilancia —dijo Solace.

Tenían segundos. Ferus le indicó a Trever que se metiera a través del hueco del eje del turboascensor. Solace le siguió. El fuego láser acribilló la puerta del ascensor mientras Ferus aguantaba, desviándolo. Cuando estuvo seguro de que Solace y Trever estaban dentro del vehículo, saltó dentro del hueco.

En ese momento, aparecieron al menos cincuenta soldados más, algunos de ellos en caminantes AT-RT. Si Solace le esperaba, todos serían capturados o acabarían muertos.

Miró a Trever, cuyos ojos estaban abiertos como platos, suplicantes. — ¡Volveré! —gritó.

— ¡Te dije que no dijeras eso!

Ferus desactivó su sable láser y alzó la mano. Solace vio su intención y saltó momentáneamente para cogerlo mientras volaba por los aires. Dejaría que le capturasen, pero no con su sable láser.

— ¡Ahora marchaos!

Solace vaciló. Él vio lo cerca que estaba ella de unirse a él. No podía dejar que lo hiciera.

— ¡Tienes que sacarle de aquí! —gritó Ferus.

Mientras Trever gritaba y golpeaba su espalda con los puños, Solace empujó los controles, y la nave despegó.

Todo eso había llevado menos de un momento. Sabía que Malorum querría cogerle con vida. Ferus se volvió hacia la acometida, indefenso ahora, y sólo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Estaba sentado en una prisión. En alguna parte. No le habían sacado de Coruscant, eso lo sabía. Tenía una magulladura detrás de la cabeza donde le habían golpeado con un bastón aturdidor. Sus piernas todavía zumbaban por el golpe en la parte posterior de sus rodillas.

Sabía que era sólo el comienzo.

Había estado antes en una prisión Imperial y había escapado antes de que le torturaran. No creía que tuviese tanta suerte dos veces. La última vez, Malorum había sido el oficial principal.

Algo que realmente no querías, reflexionó Ferus a través de su demoledor dolor de cabeza, era un Inquisidor Imperial con resentimiento.

Alzo su cabeza cuando las puertas se abrieron. Malorum entró. Ferus podía sentir cómo disfrutaba de la situación. Ferus decidió en ese momento que no importaba lo que le hicieran, iba a hacerle pasar a Malorum un mal rato.

—Tenemos que dejar de vernos así, Malorum —dijo.

—Muy gracioso.

—No, lo digo en serio. Realmente lo hacemos. Tienes que salir de prisión. Ver la galaxia. Divertirte un poco...

—Me estoy divirtiendo ahora mismo. Estoy disfrutando esto inmensamente.

—Wow, yo también. Por fin, nos entendemos.

—Pues hablemos.

Ferus asintió y estiró sus piernas. El dolor casi le hizo poner una mueca de dolor, pero no del todo.

Sé un Jedi, Ferus. Sé el Jedi que nunca fuiste, por las estrellas. Acepta tu miedo y encuentra tu centro.

—Hablemos de los Jedi. Te subestimé Ferus. Pensé que los dejaste y nunca miraste atrás. Pero no has hecho nada más que intentar salvarlos. ¿Quién es el Jedi con el que estabas en el Templo?

—Estaba con miles de Jedi en el Templo. Y fue hace tanto tiempo...

—Sabes lo que quiero decir. Hoy. Cuando te colaste en una propiedad Imperial. ¿Cuál es el nombre del Jedi con el que estabas en Bellassa?

Ferus fingió fruncir el ceño. —Qué gracioso, él nunca lo mencionó.

— ¿Nunca escuchaste su nombre?

—Él nunca lo dejó caer.

—Lo encuentro difícil de creer.

—Ahí está la diferencia entre tú y yo. Yo lo encuentro absolutamente creíble. Si todos tus amigos han sido arrasados, ¿crees que vas a ir por ahí diciéndole a la gente tu nombre? Creo que no. Creo que lo guardarías para ti.

—Si fuese un cobarde.

—Ah, en mi opinión, la cobardía está subestimada. Te mantiene con vida.

— ¿Es tan importante para ti estar vivo? Eso es una lástima.

— ¿Ahora sientes lástima por mí? No sabía que te importara.

Malorum rió. — ¿Crees que no he visto esto antes? ¿La bravuconada frente a la muerte segura? Te sorprenderías de cuán a menudo esos a punto de morir hacen su representación. No eres único.

—No me importa mucho ser único. Recuerda, crecí como un Jedi.

—Sí, todos sois iguales, supongo. Hipócritas. Hambrientos de poder. Estuvisteis a punto de tomar el Senado, tratasteis de asesinar al Emperador Palpatine... todo eso mientras llevabais puestas esas capas Jedi de humildad. Era una buena estafa, pero ha acabado.

Ferus ondeó una mano en el aire. —Me encanta el ritmo de la melodía. Simplemente di las mentiras lo suficientemente alto durante el tiempo suficiente y pon un toque de tambores detrás, y lo siguiente que verás es a todo el mundo cantando la misma canción.

—La verdad es que...

—La verdad —dijo Ferus quedamente—, es que la República es ahora un Imperio, y el poder está consolidado en las manos de un único hombre. Él hará cualquier cosa para conservarlo, cualquier cosa para hacerlo crecer, y tú eres su lacayo.

—Esto no es un debate. Como tú dices, está siendo entretenido, Ferus Olin. Pero si no vas a cooperar...

—¿Tienes formas de hacerme hablar? Déjame pensar. La tortura va todavía en contra de los estatutos del Senado. La última vez que lo oí.

—Entonces te equivocas. El Senado aprobó la petición del Emperador de más libertad en cómo maneja a los enemigos. En tiempos como estos, pueden solicitarse medidas extremas.

Y así los senadores continúan dando al Emperador todo lo que quiere, pensó Ferus. Él estaba cambiando la galaxia, rompiendo los convenios sobre los que se fundó el Senado, y ellos votaban sí a eso. El Sith era listo. Siempre actuaba con la "aprobación" de un Senado que no podía decir que no.

—Te envío a un mundo prisión donde no va nadie. Y si no revelas el nombre de los Jedi que sabes que están vivos, serás ejecutado por crímenes contra el Imperio. ¿Crees que a alguien le importará? Ya han olvidado tu nombre en Bellassa.

—Bueno, nunca llamo, nunca escribo...

—Estoy hablando con un hombre muerto —dijo Malorum—. Y es la hora de mi almuerzo.

Con la misma indiferencia que había mostrado a lo largo de toda la entrevista, Malorum se giró y salió.

CAPÍTULO DIECISIETE

Tan pronto como Solace aterrizó la nave en su lugar de aparcamiento, escondido bajo el muro cavernoso, Trever saltó hacia delante y dio un manotazo al mecanismo de apertura de la cabina. Mientras se abría, salió trepando sobre ella.

— ¡Le has dejado! ¡Simplemente le has dejado! —gritó—. ¡Por tu culpa le atraparon!

—El se entregó, Trever —dijo Solace, saliendo de un salto de la nave y aterrizando ágilmente a su lado—. No había nada que yo pudiera hacer. No me dejó otra elección.

— ¡Los Jedi no abandonan a otros Jedi! —Trever sintió que su furia tomaba el control—. Pero lo hiciste, ¿verdad? Dos veces que yo sepa. ¡No sabes nada sobre la lealtad!

Solace permaneció inmóvil, impasible. Él no sabía si estaba enfadada. No parecía enfadada. Él quería que estuviera enfadada, quería pelear.

—Mis elecciones no son asunto tuyo —dijo ella.

—Ferus es asunto mío —dijo Trever—. Es mi amigo.

—Le encontraremos —dijo Solace—. Dondequiera que le lleven, le encontraremos.

Trever escuchó sus palabras como si viniesen desde lejos. Por un momento no tuvieron sentido. — ¿Qué?

—He dicho que le encontraremos. No me detendré hasta que lo hagamos. Esto no ha acabado. Pero primero necesitamos suministros e información. Tengo que...

Solace se detuvo de repente. Parecía estar escuchando, pero no había nada que escuchar.

—Solace, ¿qué...?

Ella se giró y corrió, veloz y silenciosamente, a lo largo de las pasarelas. Dio un salto tan imposible que Trever supo que fue asistido por la Fuerza, iba saltando sobre las pasarelas a ganar tiempo.

Él corrió tras ella, sus pies golpeaban las escaleras. Estaba a medio camino del asentamiento cuando lo oyó. Fuego láser. Gritos.

Un Keets ensangrentado apareció por encima. De repente fue golpeado desde atrás y se cayó de la pasarela. Aterrizó a los pies de Trever, su cuerpo retorcido, su sangre manando de una herida.

El asistente de Solace, Donal, corrió hacia el borde de la pasarela.

— ¡Nos atacan! —gritó.

Solace tenía razón, pensó Trever pensó. Esto todavía no ha acabado.

Se preparó para la lucha...